PIPIOLA

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1917, by S. y J. Álvarez Quintero.

A4738pip

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

PIPIOLA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro de Lara el 7 de febrero de 1918

153123
30/10/19

MADRID
1918

MADRID.—Imp. Clásica Española, Cardenal Cisneros, 10.—Teléf J. 430

A LA MEMORIA

DE NUESTRO AMIGO DE LA INFANCIA

ÁNGEL JOSÉ CABREJO

ALTO Y NOBILÍSIMO ESPÍRITU

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PIPIOLA	María Palou.
NINA VALDELARA	Hortensia Gelabert.
LA MARQUESA MARÍA	Leocadia Alba.
MARCIANA	Amalia Sánchez Ariño.
OTILIA	Rita Lozano.
MANOLITA, DONCELLA	Carmen Tejeda.
ALEJANDRO	Luis Peña.
DON FÉLIX PIMENTEL	Emilio Thuillier.
EL TÍO RÓMULO	Salvador Mora.
JESÚS	José Mora.
MARIANITO ALDAZ	José Balaguer.
UN CRIADO	Miguel Gómez.

ACTO PRIMERO

Primorosa habitación en una guardilla, en Madrid. Ventanitas al foro, tras de cuyos limpios cristales se ven macetas de geranios. Una puerta a la derecha y otra a la izquierda. La de la derecha conduce al pasillo que da a la escalera, en el que se suponen la cocina y una pequeña alcoba, donde duerme, medita y crea Rómulo, tío de Pipiola, nuestra heroína. La puerta de la izquierda es la del dormitorio de ésta y de su madre, la señora Marciana.

En la estancia hay orden y limpieza. Muebles, los precisos: maniquí de mimbre, con un traje medio acabado; máquina de coser, costurero, tabla para cortar, sillas, etc. Es por la tarde, en el mes de octubre.

El tío Rómulo, a quien en el barrio le llaman «el padre Adán», por lo desaseado, repasa unos papeles, sentado ante una silla que le sirve de mesa. Viste con abandono y desaliño, tapa su media calva con una boina procedente de la primera guerra carlista, y se apoya al andar, por causa de una pícara ciática de la pierna derecha, en una vieja muletilla.

Tío Rómulo. *Dando un golpe sobre sus papeles, con triunfal llamarada en los ojos.* ¡Me caso con el globo terráqueo! ¡Éste es de los grandes! ¡De los grandes! *Se frota las manos satisfecho.* ¿Dónde he echado el puro? *Lo busca y no lo encuentra.* ¡Por vida!... No sé nunca dónde lo dejo. *Llaman dentro a la puerta de la guardilla.* Ya está ahí la muñeca. *Vase por la puerta de la derecha, y a poco vuelve,*

acompañado de Jesús. Pasa, pasa; déjate de cumplidos. Creí que era la chica.

Marciana pregunta desde su dormitorio:

MARCIANA. ¿Quién es?

JESÚS. Servidor, señora Marciana. Buenas tardes.

MARCIANA. Buenas tardes, Jesús.

Este Jesús, electricista de un teatro, es lo que se llama un alma de Dios; modesto, simpático y cuidadoso de su persona.

TÍO RÓMULO. Siéntate.

JESÚS. Gracias. ¿Y la Juanita?

TÍO RÓMULO. No tardará en venir. ¿Cómo tú por aquí a estas horas?

JESÚS. Porque se ha suspendido el ensayo. En los teatros, ya se sabe: en cuanto llega el decorado de las obras nuevas principian los grandes tropezones. Los autores de la que se ensaya quieren que en un cuadro salga el sol de verdad, y en otro la luna y las estrellas, y el escenógrafo, ¡natural! me pide batería roja, batería verde, batería azul, batería blanca... ¡qué se yo! Conque al pasar ahora para la tienda de mis padres, por las bombillas, dije para mí: «Subiré un instante.» ¿Y usted, qué discurre? Porque usted siempre está maquinando.

TÍO RÓMULO. Soy un cerebral. *Palmotea en sus papeles.* ¡Esto que tengo aquí es muy grande! ¡Pero muy grande! De los proyectos más grandes que me han salido del melón.

JESÚS. Y se le habrá ocurrido a usted en el catre.

TÍO RÓMULO. ¡Y que lo digas! En el catre. Es donde yo trabajo a gusto. Por lo menos la inspiración me salta en el catre. No te rías, que voy camino de la estatua.

JESÚS. ¿Edison o Marconi?

TÍO RÓMULO. No te rías. Uno da con su tecla cuando menos se lo figura. Siendo yo portero en

el 19 de la difunta calle de San Miguel, estaba a un kilómetro de estas invenciones; pero se muere mi cuñado Manolo — el próximo noviembre hará seis años, — y me dice Marciana: «Rómulo, deja la portería y vente a vivir con la chica y conmigo, que bueno es siempre que haya un hombre allí con nosotras.» Y dicho y hecho: me vine aquí, y en esta bendita ociosidad, ya sin aquellos cuidados del que entra y el que sale — porque el susodicho 19 era de alivio, — cada vez que me tumbo en el catre, se me ocurre un proyecto. Nada, que el colchón es un talismán; mira tú qué cosa. Estoy sentado aquí echando cuentas, es un suponer, y me fallan los cálculos: al catre. Y en un cuarto de hora resuelvo la telegrafía sin hilos. ¡Fenómenos!

Jesús. ¿Y de qué clase es el nuevo proyecto? Porque usted maniobra en muchos campos.

Tío Rómulo. ¿Éste? Una chirigota. ¿No te he dicho que de los grandes? Levantar en Madrid una barriada obrera, con casas con termo-sifón inclusive, sin que cueste un cuarto.

Jesús. ¿El termo-sifón?

Tío Rómulo. ¡La barriada!

Jesús. ¡Atiza!

Tío Rómulo. Pues ¿qué te figurabas tú? ¡Una barriada obrera sin gastar un cuarto! *Golpeando los papeles.* ¡Aquí está!

Jesús. Llévelo usted en seguida a la Casa del Pueblo.

Tío Rómulo. Vísteme despacio que estoy de prisa. Todavía tengo que dormirlo.

Jesús. ¿Que dormirlo o que tenderlo, señor Rómulo?

Tío Rómulo. Chufléate.

Jesús. ¿Quiere usted fumar?

Tío Rómulo. Hombre, sí. Se te estima el ofreci-

miento. No sé dónde he echado mi puro... Caro lo gastas, oye.

JESÚS. Los vicios, buenos, o no tenerlos. *Pausa.* Voy a tenerme que marchar sin ver a la Juanita.

TÍO RÓMULO. Ya debía estar aquí.

JESÚS. ¿Dónde ha ido?

TÍO RÓMULO. A tomar encargos en una casa nueva que le ha salido en la calle de Velázquez.

JESÚS. Entonces puede que por eso: como es casa nueva...

TÍO RÓMULO. La casa ni quita ni pone. Ella habla con un ventilador. El asunto es hablar. Y qué, ¿no te ha sacado todavía de penas?

JESÚS. No, señor. Todavía no sé de mi suerte.

TÍO RÓMULO. ¡Pero, hombre!

JESÚS. Como lo oye usted.

TÍO RÓMULO. Mi sobrina es de estudio; ya se lo digo yo a su madre.

JESÚS. Su sobrina de usted es la mocita más preciosa, más apañadita y más buena que puede soñar para su casa un hombre honrado y modesto, como yo. Pero lo que mucho vale, mucho cuesta, dice el refrán.

TÍO RÓMULO. Eso no: para todo hay refranes. Por ejemplo: más vale llegar a tiempo que rondar un año.

JESÚS. Lo cierto es que yo bajo muchas veces las escaleras de esta casa haciéndome entre mí la ilusión de que la Juanita va a acabar por quererme; de que principia a sentir por mí esa predilección y ese cariño que llevan a la Vicaría. Y otras veces, en cambio, me voy a la calle cabizbajo y triste, como si me faltara el aliento para vivir, porque se me imagina que la importo menos que un romance. En estas altas y bajas vivo esperando, señor Rómulo. Y honradamente le declaro a usted una cosa: que si al fin

y al cabo, lo que yo tengo de oír de boca de la Juanita ha de ser un no, prefiero seguir en esta incertidumbre toda mi vida. La esperanza de un día me alivia de la desilusión del otro. Y hay verdades que matan.

TÍO RÓMULO. Es de estudio, es de estudio.

Silencio. Jesús se pasea.

JESÚS. Bueno; mientras ella viene, voy a aprovechar el tiempo yo llegándome a la tienda. Sí. Dentro de media hora volveré.

Sale Marciana por la puerta de la izquierda.

MARCIANA. ¿Qué es eso? ¿Se marcha usted, Jesús?

JESÚS. Sí, señora Marciana; pero volveré de aquí a poco.

MARCIANA. Entonces, hasta luego.

JESÚS. Hasta ahora.

TÍO RÓMULO. Ve con Dios, hombre, ve con Dios.

Se va Jesús por la puerta de la derecha.

Marciana se asoma un momento como a despedirlo. Es Marciana una madrileña de casta y raza, guapetona, de noble y simpática cabeza, que empieza a canear. Así que se ve sola con el tío Rómulo, exclama:

MARCIANA. No sé yo por qué esa caprichosa hija mía no le hace ya caso a este hombre.

TÍO RÓMULO. ¿Lo sabrá ella?

MARCIANA. ¿Dónde va a dar una chica costurera con otro más juicioso, más decente, más formalito, más guapo, más prendado de ella, ni con más posibles, que todo hay que decirlo?

TÍO RÓMULO. No te canses, Marciana. Tu Juanita, la Pipiola, tiene una princesa en el cuerpo.

MARCIANA. Déjate de pamplinas, Rómulo. Lo que tiene la Juanita es finura de gustos; pero nada más. Como la tengo yo; como la tuvo su padre, que esté en gloria. ¿No se puede ser pobre y fino?

Tío Rómulo. Sí, Marciana, sí; pero hay finuras de finuras. Si tú oyeras a tu hija los domingos en el Museo del Prado, cuando me hace a mí que la lleve, las cosas que dice, sobre todo delante de los cuadros de las princesas y las reinas... Yo soy un hombre que ha leído alguna cosa; yo no soy un analfabeto... Pues bueno: me quedo con la boca abierta escuchándola.

Marciana. Esas son luces naturales.

Tío Rómulo. Luces naturales y algo más; porque si te fijas, no hay libro ni papel que caiga en sus manos que ella no lo devore. Y la hubieras oído también el otro día, cuando estuvo aquí el señorito Alejandro, que tuvieron una discusión sobre el divorcio entre burlas y veras, a consecuencia de ese escándalo que ahora ha habido en la aristocracia, y la Pipiola lo arrinconó. Pero que lo arrinconó, nada más. ¡Si llego a ser taquígrafo le copio los razonamientos! No parecía una modistilla, sino el padre Rivadeneyra.

Marciana. Luces naturales, te repito. Pero ¿es eso un estorbo para las relaciones con Jesús, que es de lo que se hablaba?

Tío Rómulo. Más bien lo es que no lo es. Y lo que yo te quiero decir con todo esto, es que debemos andar con ojo; porque la chica va y viene más cada día que pasa, y tiene un palmito que detiene al sol en su curso, y muchos monos en la guardilla... y lo mires por donde lo mires, no es más que la hija de una lavandera.

Marciana. ¡Y a mucha honra! ¡Qué salida! Hija de una lavandera, sí, señor... Como que del oficio de su madre la viene a ella la limpieza en todas sus acciones... Eso no, Rómulo, eso no. Honrada, donde esté la primera.

Tío Rómulo. ¡Vaya! No me entiendes.

MARCIANA. De más que te entiendo; pero no te quiero entender. Ahí debe de estar su señoría.

Vase a abrirle la puerta.

Un instante después vuelve con Pipiola, la cual viene un poco nerviosa y excitada, por todo lo que se verá. Es gentil, airosa y bonita; de expresivos ojos; de atractiva y pintoresca locuacidad. Viste con modestia, al uso de las de su oficio. En la mano trae unos periódicos de modas.

PIPIOLA. ¡Jesús, lo que he charlado! ¡Ay, qué templadito está esto! Hace fresco en la calle. Hola, tío.

TÍO RÓMULO. Hola, palomita.

PIPIOLA. ¿Qué hora es? ¿Me he tardado mucho?

MARCIANA. Pero ¿de dónde vienes?

PIPIOLA. ¡Toma! ¡De donde fuí: de la calle de Velázquez! ¡Madre, qué casa! Ahora contaré. ¡Qué mamá, qué niñas, qué gato!... Ahora contaré.

Éntrase en su alcoba a dejar los periódicos y a ponerse un delantalito.

TÍO RÓMULO. Ya tienes cinematógrafo para una hora. Dos mil metros de cinta.

MARCIANA. Y muy a mi satisfacción. ¿También está mal eso?

TÍO RÓMULO. Pero ¿quién lo critica, Marciana?

PIPIOLA. *Gritando dentro indignadísima.* ¡Tío Rómulo!

TÍO RÓMULO. ¿Qué?

PIPIOLA. ¡Tío Rómulo!

TÍO RÓMULO. *Adivinando.* ¡El puro! ¡Mi puro!

Sale Pipiola. Entre los dedos, cogido con asco, como si fuera un bicho, trae un puro a medio fumar, que más parece una escobilla.

PIPIOLA. ¿Quién le manda a usted dejar en mi cuarto esta porquería? ¿A qué ha entrado usted en mi cuarto?

TÍO RÓMULO. Trae, trae acá que lo apure.

PIPIOLA. ¡Está usted fresco! *Abre una de las ventanitas y lo arroja a la calle.*

TÍO RÓMULO. ¡No lo tires, mujer!

PIPIOLA. Baje usted a cogerlo, si tiene ganas.

MARCIANA. ¡A ver si le da a algún transeunte!

PIPIOLA. Así subirá la pareja y se llevará al tío a la cárcel, por cochino. ¡Puf! ¡Qué peste me ha dejado en los dedos! *Vuelve a entrar en su alcoba.*

TÍO RÓMULO. Pues no tiene gracia maldita. ¡Lástima de puro! Ríñela tú, Marciana.

MARCIANA. ¿Yo qué la he de reñir por eso? En todo caso a ti, que eres un adán.

TÍO RÓMULO. ¡Vamos!

MARCIANA. Como que no pareces hermano mío. Mira qué ropa tienes encima... No sé cómo puedes vivir con tanta mugre.

TÍO RÓMULO. ¡Vaya! A ver dónde has visto tú un hombre de talento que se cuide del físico.

Asoma Pipiola a la puerta de su habitación, lavándose las manos.

PIPIOLA. Pues tú no tienes una idea. ¡Casa más especial! Por supuesto, de gente simpática. Sobre todo la madre. Al padre no lo he conocido. La madre es una señora muy digna; de muy buena presencia; pero ¡más habladora!...

TÍO RÓMULO. ¿Más que tú?

PIPIOLA. ¡Qué va! ¡Y de lo más curioso!... Las hijas no. Las hijas hablan menos. Y no son feas, ¿oyes? pero son muy flacas. Es claro, no hay blusa que les siente bien. *Éntrase en la alcoba.*

MARCIANA. Como que ahora las señoritas parecen alambres. Y es la moda. En muchas casas no hay más conversación que la del peso. «Yo he perdido un kilo; yo he ganado tres...»

TÍO RÓMULO. La humanidad es caricaturesca. Te dejo sola con la película.

MARCIANA. ¿Vas a la calle?

TÍO RÓMULO. No. Voy a mi cuarto. A trabajar un poco. De pie no se me ocurre nada de provecho. *Bosteza, medio desperezándose.*

MARCIANA. ¡Gandul!

TÍO RÓMULO. ¿Gandul? ¿Creéis vosotras que no hay más trabajo que el corporal? *Vase por la puerta de la derecha con sus papeles.*

Marciana se sienta a esperar a su hija. Ésta sale al punto, y se sienta también, junto a ella.

PIPIOLA. No te he dicho nada del gato. ¡Más rico! Y me tomó apego. No había quien lo apartara de mí. Bueno, pues a la señora le he entrado por el ojo derecho. Y es gente de posibles. Una buena casa. Tengo que darle las gracias a doña Manuela. La señora todo se volvía decirles a las hijas: «Pero ¡qué muchacha más mona! pero ¡qué modosita es! pero ¡qué mona! ¿verdad que es muy mona?» Así: no te exagero. Yo estaba como un pavo.

MARCIANA. ¿Y dices que te preguntó muchas cosas?

PIPIOLA. Ahora verás. Se ha enterado de todo. «¿Con quién vive usted?» «Con mi mamá, señora. Y con un hermano de mi mamá.» «¿Y qué es su mamá?» «Lavandera, señora. Lava en casas muy principales: en ésta, y en ésta, y en ésta...» «¿Y su tío de usted?» «Mi tío es inventor y nos acompaña.» Esto les chocó mucho. «Vive con nosotras desde que murió mi papá, que era carpintero.» ¡Zapato! ¡qué familia más preguntona! Son de Cádiz.

MARCIANA. ¿Y de Ramoncito, no las dijiste nada?

PIPIOLA. ¡Ya lo creo! No ha quedado ni el fondo del cofre. ¡Si por todo me preguntó la señora! Que si tengo novio, que si voy a misa, que si me confieso... Parecía una suegra tomando informes.

MARCIANA. Gente desocupada.

PIPIOLA. Pues de Ramoncito les dije que es hermano mío, el único que tengo; que está en América, en Nueva York... que es algo perdis...

MARCIANA. ¿Y por qué las dijiste eso?

PIPIOLA. Porque se me vino a la boca: porque no sé mentir.

MARCIANA. Es que, sin mentir, bien podías ya haber hecho mejores ausencias del chico. Porque, hija mía, creo yo que lo que días atrás nos contó aquí mismo el señorito Alejandro...

PIPIOLA. ¡También se lo dije! Todo, todo. Por cierto que cuando se enteraron de que nada menos que el duquesito de Olmeda había estado aquí a traernos noticias de Ramón, las tres niñas me echaron los impertinentes. No, no: dos nada más. Una no los gasta.

MARCIANA. ¡Ay, qué bueno está eso! Cuenta, cuenta.

PIPIOLA. ¡Figúrate! ¡Se me llenó la boca dándoles pormenores! Que tú fuiste bastantes años lavandera de los señores duques en el Palacio Viejo; que me llevabas allí contigo; que Alejandro y yo jugábamos juntos en el jardín y en las caballerizas; que nos queríamos como hermanos; que a mí me mimaban mucho los señores; que eran mis Reyes Magos; que la señora duquesa fué la que me puso Pipiola... En fin, qué quiere decir que no me dejé nada en el tintero. Y de pronto, la mamá, que me oía embobada, me preguntó: «¿Sabe usted francés?»

MARCIANA. ¿Y qué la respondiste?

PIPIOLA. La verdad: que ni una palabra. Me costó un sofoco. Ya ves que yo no tengo obligación; que soy costurera y no diplomática... Pues me costó un sofoco.

MARCIANA. ¿Y por qué te lo preguntaría?

PIPIOLA. Yo lo he pensado, y puede ser que fue-

ra con la idea de que acompañase a las señoritas.

MARCIANA. ¿Sí, eh?

PIPIOLA. ¡Y eso sí que me gustaría, puñales!

MARCIANA. ¿Te gustaría eso?

PIPIOLA. ¿No me había de gustar? A las señoritas de compañía les dan mucho lado. La alemana de casa de Garci-Rojas se sienta con los señores a la mesa. Y yo sé que su padre ha sido trapero en Berlín. Conque ¡a ver qué vida! *Se pega en la boca con enojo.*

MARCIANA. ¿Qué haces, tonta?

PIPIOLA. Que no me gustan las chulerías, madre. ¡A ver qué vida! *Se vuelve a pegar en la boca.* Está muy ordinario. *Suspirando.* ¡Ay!... Vamos a dar unas puntadas antes que se vaya la luz. *Coge una labor y se sienta junto al costurero.*

MARCIANA. Oye, ¿y la casa estará muy bien puesta?

PIPIOLA. Muy bien puesta, en lo que yo he podido ver. Demasiados muebles. En el recibimiento tienen un reloj de estos largos, que debe de ser una joya. Y un arcón antiguo.

MARCIANA. ¿Y qué has convenido con ellas?

PIPIOLA. Pues ir los lunes y los martes. Los viernes se quedan en casa. Vamos, reciben. También tienen un retrato de un señor viejo, de uniforme, con muchas bandas y muchas cruces... Algún abuelete.

MARCIANA. Llaman. Será Jesús.

PIPIOLA. Verdad, que hoy no ha venido.

MARCIANA. Ha estado antes y quedó en volver.

PIPIOLA. Entonces él será; porque suponer que no vuelva...

MARCIANA. ¡Qué mal tratas a ese pobre chico!

PIPIOLA. ¿Mal? No. ¿Cómo quieres tú que lo trate? Lo trato con afecto... Lo que no hago es tirarle besos cuando se marcha.

MARCIANA. Ni es menester, tampoco. ¡No exageres!

PIPIOLA. ¡Entonces!... Las cosas quieren tiempo. Sobre todo, las cosas graves. Más terreno va ganando quizás de lo que él presume... Ábrele, ábrele.

Vase Marciana a abrir. Poco después se la oye hablar dentro.

MARCIANA. ¡Anda! ¡qué sorpresa! ¡Hoy es día de gala en mi casa! Pase usted, pase usted, señorito...

PIPIOLA. *Levantándose con curiosidad.* ¿Quién es?

Aparece en la puerta de la derecha Alejandro. Lo sigue Marciana. Alejandro, hijo único de los duques de Olmeda, es un joven de porte noble y aristocrático.

ALEJANDRO. *Sonriendole a la costurera.* ¡Pipiola!

PIPIOLA ¡Zapato! ¿El señor duque aquí otra vez?

ALEJANDRO. Otra vez aquí el señor duque.

PIPIOLA. ¡Y sin haber puesto colgaduras! ¡y sin avisar a la charanga! ¡y sin que repiquen en la parroquia!

ALEJANDRO. No es para tanto.

MARCIANA. Usted dispense, señorito: es para eso y muchísimo más...

PIPIOLA. ¡Dios mío! ¡Habrá que oír luego a la portera! ¡Tú no sabes la que armó el otro día en el barrio cuando se dió cuenta de tu visita!...

ALEJANDRO. ¿Qué me dices? Pues mira: ¡no me disgusta a mí intrigar!

PIPIOLA. Pues lo has logrado. ¡Vaya una novela la que fraguó la buena mujer!

ALEJANDRO. Sí; me figuro. El aristócrata, la obrerita, la seducción, el abandono luego...

PIPIOLA. Hombre, eso es muy antiguo. Y muy cursi.

ALEJANDRO. Por lo mismo, muchacha. Un folletín de portería.

PIPIOLA. Ella echó por otro camino. Que si una

herencia misteriosa; que si un hermanito de contrabando; que si la muerte de una monja hermana de mi padre... ¡Ja, ja, ja!

MARCIANA. ¡Buena bruja está la portera!

PIPIOLA. Y como a ti ya por estas calles se te conoce bien... ¿He dicho algo?

ALEJANDRO. Que se me conoce bien por estas calles.

PIPIOLA. Sí; hazte el «longui»... *Se pega en la boca otra vez.*

ALEJANDRO. ¿Qué es eso?

PIPIOLA. Nada; decía que en el 44 de esta calle lo venden tinto: en el entresuelo, por más señas. Has tenido buen gusto. ¡Y qué coche le mandas, hijo! ¡Cómo se lo envidio a la muy...!

ALEJANDRO. ¡Bah!

MARCIANA. Pero, chica, ¿a ti quién te mete...? Señorito, no la haga usted caso, y siéntese usted... que estamos en Babia... Como que todo podíamos esperarlo menos esto.

ALEJANDRO. ¿Pues no prometí el otro día traerles la carta de mi madre?

PIPIOLA. Perdona: prometiste mandárnosla.

ALEJANDRO. Es verdad, sí. Pero luego lo pensé mejor... Me habla de muchas cosillas delicadas, y he preferido venir de nuevo a leerles a ustedes lo que les importa.

PIPIOLA. ¡Y que me alegro yo poco del cambio! Aunque sea porque el 44 te coge cerca.

MARCIANA. ¡Ay, señorito, Dios se lo pague a usted! ¿Tiene usted ahí la carta?

ALEJANDRO. Sí, Marciana, sí; ahora la leeremos. *Curioseando la estancia.* ¡Pero qué primor de guardilla, Pipiola!

PIPIOLA. No digas, hombre: limpita nada más.

ALEJANDRO. ¿Y te parece poco? La limpieza en las

casas pobres es donde tiene mérito. ¡Y qué dos ventanitas más cucas, más alegres!... Tienen toda la luz de tus ojos, Juanita.

PIPIOLA. Será porque me asomo mucho. Desde ellas te veo pasar algunos días calle arriba...

ALEJANDRO. ¿No te traen ya nada los Reyes Magos?

PIPIOLA. Ya pasé de la edad.

ALEJANDRO. Pues lo que es los zapatos bien los tomarían por cosa de niños.

PIPIOLA. ¡Qué galante está el tiempo, oye! ¿Lo da el barrio? *Deteniéndolo, cuando va a asomarse a su dormitorio.* Aquí sí que no tienes que mirar para nada.

MARCIANA. ¿Por qué no, chica?

PIPIOLA. Porque no.

MARCIANA. Ahí dormimos nosotras, señorito.

ALEJANDRO. Lo he supuesto.

MARCIANA. Y en ese otro pasillo está la cocina y la habitación de mi hermano Rómulo.

PIPIOLA. El padre Adán. A ése no le alabarías la limpieza. ¡Le daba yo un fregado de honor!...

ALEJANDRO. ¿Y donde está el hombre?

MARCIANA. ¡Trabajando!

PIPIOLA. Y tan ab... y tan embebido en sus números, que no te ha sentido siquiera. Ab... ab... ¿Cómo se dice lo que yo iba a decir? Ab...

ALEJANDRO. ¿Absorto?

PIPIOLA. No.

ALEJANDRO. ¿Abismado?

PIPIOLA. No.

ALEJANDRO. ¿Abstraído?

PIPIOLA. ¡Abstraído; eso! ¡Qué palabreja para una guardilla! ¡Zapato! ¡Abstraído!

ALEJANDRO. Famosísimo de veras es el tío Rómulo. El otro día me habló de un proyecto magno.

No sé qué combinaciones diabólicas para que toque la lotería sin jugar.

PIPIOLA. Sí; ahora le ha dado por ahí: porque sé haga todo sin dinero. Está como una cabra. Menos mal que la *oficina* en que trabaja es cómoda.

ALEJANDRO. Pues oigan ustedes lo que mi madre me cuenta de Ramón. *Saca su cartera, y de ella una carta de tres o cuatro pliegos.*

MARCIANA. A ver, a ver...

PIPIOLA. ¿Desde la misma Nueva York te escribe?

ALEJANDRO. Desde muy cerca. En rigor, desde allí. Desde una finca que a diez kilómetros de la capital tiene mi tío Plácido.

PIPIOLA. Pero ¡mira que viajan tus padres!...

MARCIANA. Mujer, deja que lea...

PIPIOLA. Tan pronto en Londres, tan pronto en París, tan pronto en Córdoba, ahora en Nueva York...

ALEJANDRO. Este viaje lo han hecho contra mi voluntad. Mi tío Plácido es un egoísta, que se ha afinado y empedernido con los años, y empezó a apurarlos escribiéndoles cartas sentimentales... Que se sentía muy solo, que iba a morirse sin verlos más... que ya podían hacerle la última visita... Y ellos, que necesitan poco para ponerse en movimiento, embarcaron en el primer trasatlántico... y allí están. En fin, Marciana, que la veo a usted impaciente. Escuche usted a mi madre hablar de su hijo.

PIPIOLA. ¡Del nene dichoso! Mirarla; ya se le está cayendo la babita.

MARCIANA. Cuando tengas hijos entenderás esto.

ALEJANDRO. Dice así. *Buscando en la carta lo que desea leer.* Aquí me describe una fiesta española que ha dado en su casa Mr. Anderson, y que ha debido de ser espléndida. Y graciosa también. Goya ha hecho el gasto.

PIPIOLA. ¿Quién?

ALEJANDRO. Goya.

PIPIOLA. Ah; el pintor de la Maja.

ALEJANDRO. Aquí está lo del chico. *Lee.* «El domingo pasado vino a visitarnos el hermano de Pipiola: Ramón. No lo hubiéramos conocido: está hecho un real mozo.»

MARCIANA. ¡Como que es talmente su padre!

ALEJANDRO. «... está hecho un real mozo.»

MARCIANA. ¿Lo pone dos veces, señorito?

ALEJANDRO. No; pero como le ha gustado a usted...

MARCIANA. ¡El señorito!...

ALEJANDRO. «Me dió gozo verlo. Es un ejemplo vivo de lo que en algunas personas influye el cambio de ambiente y de costumbres. Venía de traje gris, cuello alto, muy erguido, sin barba ni bigote, pulcro, correcto... hecho un yanqui.»

PIPIOLA. ¿Qué te parece?

ALEJANDRO. «Indudablemente ha sentado ya la cabeza. Trabaja en el taller de un pintor escenógrafo, tiene un buen sueldo, y el maestro, que es español también, lo estima bastante. Me ha suplicado que yo se lo escribiera a Marciana, porque dice que a él no lo creen...»

PIPIOLA. Ni en cruz que se ponga.

ALEJANDRO. «Y yo iba a hacerlo, pero he perdido las señas que me dió.»

MARCIANA. *Enjugándose los ojos.* No sabe la señora duquesa lo que yo la agradezco... Dios se lo pague. Póngaselo usted así, de parte mía. Mire usted, señorito Alejandro, el chico es bueno... ¿usted me comprende?... pero es de cera, y donde cae, lo moldean a gusto. Y aquí dió con unas compañías muy malas.

PIPIOLA. Ese es el Evangelio, ¿sabes? Ramoncito es así: da con santos, y reza; da con gente mala, y es capaz de poner una bomba.

ALEJANDRO. ¡Ay!... fruta de estos tiempos. Hombres sin voluntad... abúlicos... como nos llaman los doctores... ¡los doctores de *El rey que rabió!*... Enfermos, si vas a mirarlo. Hasta que encuentran un asidero, una luz, un camino...

PIPIOLA. Tú tienes un íntimo amigo malito de ese mal.

ALEJANDRO. Es posible.

PIPIOLA. Pero yo creo que se le curaría fácilmente.

ALEJANDRO. Es posible también.

Pausa.

PIPIOLA. Nos hemos quedado como en misa.

ALEJANDRO. Callando, se suele hablar a veces, Pipiola. Y me marcho ya. Aquí se está muy bien, pero me marcho ya. Dejo a ustedes.

PIPIOLA. Anda con Dios, hombre.

ALEJANDRO. Cuando mañana o pasado le escriba a mi madre, le daré cuenta de esta visita.

MARCIANA. Y a la señora y al señor, muchísimos recuerdos; y que los queremos muchísimo; y que los recordamos siempre; y que aquí estamos para servirles.

PIPIOLA. Y que a ti te vemos pasar con frecuencia, porque estás estudiando el plano del barrio. ¿Eh?

ALEJANDRO. ¡Esta Pipiola!...

PIPIOLA. Anda, anda; vete ya; no disimules; que se te van los pies para el 44.

ALEJANDRO. Psché...

PIPIOLA. ¿Ah, sí? ¿Ya andamos en el capítulo de psché? Pronto has llegado. ¡Pero, ahora que me acuerdo! ¿En qué estás pensando, Juanita? ¡Si yo tengo que decirte una cosa!

ALEJANDRO. ¿De qué?

PIPIOLA. ¡Alrededor del 44! No sé si tú te habrás dado cuenta; pero se te siguen los pasos hace varios días.

ALEJANDRO. ¿A mí?

PIPIOLA. A ti.

ALEJANDRO. ¿Quién?

PIPIOLA. ¿Quién podrá ser? ¿O quieres que te regale el oído?

MARCIANA. Mira, chica, no seas imprudente.

ALEJANDRO. Déjela usted. Si anda por los cerros de Úbeda. ¿Quién es quien me espía? ¿A quién aludes?

PIPIOLA. A la persona por quien tuviste un desafío el mes pasado.

ALEJANDRO. ¿También sabes eso?

PIPIOLA. ¡Si lo publicaron los periódicos con pelos y señales! «El D. de O. y don J. de A.» ¡Pues sí que estaba oscura la fuga de letras!

ALEJANDRO. Pero ¿qué tiene que ver una cosa con otra?

PIPIOLA. ¿Conque no?

ALEJANDRO. Mi desafío fué con un individuo a quien en una discusión le llamé majadero.

PIPIOLA. Pero ¿por qué se lo llamaste?

ALEJANDRO. ¡Porque lo es de pies a cabeza! Aunque después de la mojiganga del duelo comprendí que el único majadero era yo.

PIPIOLA. Sí, sí. Se lo llamaste porque aludió de mala manera a la que te sigue los pasos.

ALEJANDRO. ¡Que no, chiquilla! En eso sueñas.

PIPIOLA. ¡Soñaban!

ALEJANDRO. Es decir, no sé... ¿De quién me estás hablando?

PIPIOLA. ¿Lo digo?

ALEJANDRO. Dilo.

PIPIOLA. ¿De quién ha de ser? ¡De Nina Valdelara, como la llamáis! ¡De la condesa de Valdelara! Por ésa fué tu duelo. Esa, ésa es la que te espía; ésa es la que quiere averiguar en qué alero escondes el

nidito; ésa es la que tiene la culpa de que tú no te hayas casado; ésa.

ALEJANDRO. ¡Bah, bah! ¡Calumnias miserables! No hagas caso tú también del mentir de la gente. ¡Calumnias!

PIPIOLA. ¿Calumnias, y te he visto yo con ella en un coche?

ALEJANDRO. ¿Cuándo?

PIPIOLA. Esta primavera pasada, en la Castellana, una noche muy fría, en una berlina de la Peña. Martín se llamaba el cochero; tú lo llamaste. Niégamelo.

ALEJANDRO. *Riéndose.* ¡Jesús, María!

PIPIOLA. Y el conde en la higuera. Encima de la higuera, porque lo que es debajo...

ALEJANDRO. Has visto visiones, Pipiola. Te engañaron tus ojos. Ya sabía yo de antiguo que eran muy embusteros.

PIPIOLA. ¡Sí, sí!

MARCIANA. Pero no la haga usted caso, señorito. ¡Si tiene ahora menos fundamento esta chica que cuando se mecían ustedes en el columpio del Palacio Viejo!

PIPIOLA. ¡Sí, sí; y un merengue!

ALEJANDRO. Bueno, bueno; quédate con Dios.

PIPIOLA. Adiós, hombre. ¡Si me oyese la portera llamarte de tú!

MARCIANA. *Sintiendo que alguien llega.* ¿Se ha levantado Rómulo? ¿Dejaría yo el portón abierto? ¿Quién es?

Llega don Félix Pimentel por la puerta de la derecha, disimulando en lo posible que la escalera lo ha rendido. Es un viejo amigo de Alejandro. Atusándose cuidadosamente, cree que se quita años de encima; y con la extremada limpieza de su persona y ropas, pretende hacer menos ostensible su falta de dinero. Es fama que en sus tiempos fué un don Juan Te-

norio. Ahora brilla aún al reflejo de las glorias pasadas.

Don Félix. Buenas tardes...

Marciana. Buenas tardes.

Alejandro. ¡Ay, don Félix!

Pipiola. Muy buenas tardes.

Don Félix. *De mal temple, a Alejandro.* Hombre... cuando se le dice a un amigo... que lo espere a uno a la puerta de una casa... sube uno a la casa... y se detiene cinco minutos... o diez... ¡pero no dos horas, como llevas aquí!

Alejandro. ¡Ja, ja, ja! Perdóneme usted la distracción. Se me había olvidado que existía usted... y que me estaba esperando a la puerta.

Pipiola. Ah, ¿pero lo esperaba usted a la puerta?

Don Félix. Sí, joven, sí. ¡Y se me han quedado los pies fríos como granizos!

Marciana. ¡Vaya por Dios!

Pipiola. ¿Y por qué no subió contigo, Alejandro?

Alejandro. Porque teme a las escaleras.

Don Félix. ¡No hay tal! ¡Pero si de todos modos había de subirlas!...

Alejandro. Bueno, bueno, perdóneme usted; se lo repito. Y dígame luego si en presencia de esta muchacha, y siendo usted quien es, no me disculpa y no me absuelve.

Don Félix. Veamos. *Saca del bolsillo una primorosa fundita de piel, y de ella una lente, con la que mira a Marciana y a Pipiola.* Disculpado... y absuelto.

Pipiola. ¡Ja, ja, ja!

Don Félix. Nada, absuelto. Solamente que yo, en tu lugar, me asomo a una de estas ventanitas... que ignoraba que fuesen del cielo, y le digo al de abajo que puede marcharse... porque yo no me muevo de aquí.

PIPIOLA. ¡Jesús!

ALEJANDRO. ¡Bravo, don Félix! Usted siempre en la brecha.

DON FÉLIX. ¿Son hermanas?

MARCIANA. ¡Por Dios, caballero! ¡Écheme usted otra vez el cristal!

ALEJANDRO. Son madre e hija.

DON FÉLIX. ¡Diantre! Pues no sé a cuál de las dos felicitar más cordialmente: si a la hija, por tener esta madre, o a la madre, por tener esta hija.

PIPIOLA. A las dos igual.

ALEJANDRO. Te advierto, Juanita, que don Félix boga en las aguas del madrigal como los camarones en el río.

DON FÉLIX. ¡No estás tú mal camarón de río, buena pieza!

ALEJANDRO. *Desentendiéndose de la malicia.* Los presentaré a ustedes. Ésta es Marciana y ésta es Pipiola.

DON FÉLIX. ¡Ah; Pipiola! ¡Mucho me has hablado tú de Pipiola!

PIPIOLA. ¿Bien o mal?

DON FÉLIX. Antes de conocerla a usted, creía yo que me hablaba bien en extremo; ahora veo que casi casi me hablaba mal.

ALEJANDRO. ¿No te digo?

PIPIOLA. ¡Sí que es la misma galantería este señor!

DON FÉLIX. Preséntame, hombre.

PIPIOLA. A mi madre, bueno; a mí no es preciso. Yo sé quién es usted hace tiempo.

ALEJANDRO. ¿Hola?

DON FÉLIX. ¿Sí? ¿Quién soy?

PIPIOLA. Don Félix Pimentel.

DON FÉLIX. Para servirla.

PIPIOLA. Usted era íntimo amigo del señor marqués de Casa María; y a la muerte del señor marqués,

se quedó en casa de la señora marquesa de secretario.

DON FÉLIX. Ciertamente.

MARCIANA. No, si esta hija mía, como se toque a marqueses y a duques, está más enterada que de los chismes de la vecindad.

ALEJANDRO. ¿Nos marchamos, don Félix?

DON FÉLIX. Tú dispones. Como si quieres irte hacia abajo, primero, y águardarme en la puerta... cinco minutos. ¡Por tu reloj!

Todos se ríen.

ALEJANDRO. No, no; que Pipiola tiene mucha imaginación, y usted... todavía...

DON FÉLIX. ¡Todavía!... ¡Qué antipático me es ese adverbio! *Despidiéndose.* Marciana... Pipiola...

MARCIANA. Ya sabe usted donde tiene su casa.

DON FÉLIX. Y ustedes donde tienen un amigo más.

De improviso vuelve Jesús, a quien sorprende y embaraza un tanto ver a Alejandro allí.

JESÚS. Buenas tardes.

ALEJANDRO. Buenas tardes.

DON FÉLIX. Felices. *Lo mira con la lente.*

MARCIANA. Pase usted, Jesús.

ALEJANDRO. Adiós, Marciana.

MARCIANA. Que usted siga bien, señorito Alejandro.

DON FÉLIX. Queden todos con Dios.

ALEJANDRO. Mis recuerdos al gran arbitrista.

MARCIANA. De su parte de usted.

PIPIOLA. Y a ver cuándo nos favorece otro día el señor duque...

Se van en parejas por la puerta de la derecha Pipiola y Alejandro y Marciana y don Félix. Éste todavía se detiene un momento y le dice a Marciana, a guisa de piropo:

DON FÉLIX. ¡Diantre, diantre!... ¡Me va a costar más bajar las escaleras que subirlas!...

Jesús queda solo.

JESÚS. *Después de una pausa, pensativo.* Habrá venido con la carta que les ofreció.

Nueva pausa. Marciana vuelve.

MARCIANA. Luego dicen del señorito que si es orgulloso, que si es huraño, que si es intratable... Usted lo ha visto. Hasta aquí ha subido a traerme noticias de mi Ramón. Y ahora nos preguntaba quién era usted.

JESÚS. ¿Y qué le ha contestado usted, señora Marciana?

MARCIANA. Que es usted un buen amigo nuestro.

JESÚS. ¿Nada más?

MARCIANA. Ni me gusta ir más allá de donde debo, ni quedarme corta, Jesús. Las cosas en su punto. Puede que la Juanita le esté diciendo lo que yo no le he dicho.

JESÚS. La Juanita, no.

Pausa.

MARCIANA. *A un movimiento de impaciencia de Jesús.* Cuando pega la hebra esa chica...

Sale Pipiola.

PIPIOLA. Que me vengan a mí con que es altanero, y presumido, y vanidoso... Bueno como el pan sí que es. ¿Qué necesidad tenía de molestarse de esta manera? Ah, me ha preguntado por usted, Jesús.

JESÚS. ¿Sí? ¿Qué le ha preguntado?

PIPIOLA. Lo que es usted.

JESÚS. *Con cierta emoción.* Y usted, ¿qué le ha dicho?

PIPIOLA. Pues lo que es usted: electricista de un teatro.

JESÚS. Claro... sí... Lo que yo no sabía era que la amistad entre ustedes y ese señorito fuese tan grande... Porque estos aristócratas...

PIPIOLA. Como hermanos nos hemos criado. Que mi madre le diga a usted... *Vuelve a su labor.* Siéntese usted, Jesús.

MARCIANA. Lavandera de los señores duques en el Palacio Viejo, como le dicen en el barrio a su casa, he sido yo más de diez años. A la Juanita la llevaba en brazos al principio.

JESÚS. ¿Y por qué dejó usted la casa?

MARCIANA. ¡Amigo!... Novelas de la vida. No fué por mi culpa. La prueba está en lo que nos quieren los señores. Pero un criado de ellos, pies y manos del señor duque, del padre, me empezó a cortejar... Vivía mi marido... hágase usted cuenta. Y yo, por evitarles a los señores un disgusto, puse un pretexto... y me despedí de la casa. Porque los ricos, con todo su dinero, y los pobres sin él, unos y otros no tenemos más que un tesoro, que es la honradez de la conciencia; ¿usted me comprende?

JESÚS. Y me da gusto el escucharla.

MARCIANA. Sin eso no se va contento a parte ninguna.

Silencio.

PIPIOLA. Me parece que estoy viendo a Alejandro...

JESÚS. ¿A quién?

PIPIOLA. Al señorito: a este que se ha ido ahora. Me parece que lo estoy viendo escaparse del aya inglesa que lo cuidaba y bajar por mí a los lavaderos para jugar conmigo. Era tamaño así, muy travieso, con unos ojillos muy alegres y una cabeza muy revuelta... Vamos, lo estoy viendo.

JESÚS. Le agradaba jugar con usted.

MARCIANA. Era su distracción favorita. Calcule usted: una criatura sola en la casa, sin otros hermanos, y ésta, que aunque esté mal que yo la alabe, era monísima...

JESÚS. Y se ha perfeccionado con los años, señora Marciana.

PIPIOLA. Algunas veces le decía la señora duquesa a su hijo: «Como seas malo, no juegas hoy con Pipiola.» Una de las cosas que más nos gustaban a los dos, era cuando Juan, el cochero, nos subía juntos en alguno de los caballos y nos llevaba a la pila a darle de beber. ¡Qué risa! ¡Y qué susto pasábamos, en medio de la diversión! ¡Cómo nos cogíamos el uno al otro! Juan, con aquellos zapatones de madera, haciendo ruido adrede en las losas del patio... ¡Qué risa!

MARCIANA. ¿Y el día que te vistieron de monja las criadas? ¡Los besos que te dió la señora!

PIPIOLA. Aun vivía la abuelita. ¿Y ve usted esta cicatriz que tengo aquí en la frente? Pues es de un batacazo que di. Jugábamos a las procesiones: yo era la Virgen...

MARCIANA. Y se cayó desde una chimenea que levantaba casi dos metros.

PIPIOLA. ¡El apuro y el llanto que nos entró a Alejandro y a mí cuando vimos sangre!

MARCIANA. ¡Como que se pudo quedar en el sitio!

PIPIOLA. Gracias que, como yo era la Virgen, hice un milagro. Ya ha llovido, ya, desde entonces. *Breve pausa.* Pues, señor, los días acortan que es un gusto. Empieza a oscurecer a las cinco. *Se levanta a encender la luz.*

JESÚS. *Adelantándose.* No se moleste usted, Juanita.

PIPIOLA. Muchas gracias.

MARCIANA. Sí que no hay día para nada, hija. Voy yo, con permiso...

JESÚS. Usted lo tiene.

Marciana éntrase en su dormitorio. Pipiola continúa cosiendo. Jesús se acerca a ella.

PIPIOLA. ¿Qué hay, Jesús?

JESÚS. Nada nuevo: embobado oyéndola a usted.

PIPIOLA. Si usted no dice nada nunca...

JESÚS. ¿Y qué quiere usted que yo diga? El embobamiento corta las palabras, como el frío.

PIPIOLA. ¡Jesús!

JESÚS. Me llamo.

Nueva pausa.

PIPIOLA. Sigue usted sin abrir la boca.

JESÚS. Iba a volver sobre esa amistad con el señorito. Iba a preguntarla...

PIPIOLA. ¿Si continuó mucho tiempo?

JESÚS. Eso es.

PIPIOLA. Poco: hasta que se lo llevaron a él a un colegio de Londres. Él se ha educado en Inglaterra. Por cierto que pasaron los años, y la primera vez que me encontró en la calle, me reconoció. Tendría yo trece y él tendría diez y seis. Bueno, pues se acercó a saludarme, y usted no sabe lo que se incomodó porque le hablé de usted, porque le llamé señorito.

JESÚS. ¿Pero se hablan ustedes de tú?

PIPIOLA. ¿No lo ha visto usted?

JESÚS. No me he fijado mayormente. Ahí tiene usted: lo que no he podido yo conseguir todavía.

PIPIOLA. Es que no nos hemos tratado de niños, Jesús.

JESÚS. Por desgracia. Pero, a pesar de eso, ya hay confianza entre usted y yo para tutearnos. Sólo que usted es una ingrata; y aunque le consta lo honrado de mis intenciones, y me ve día por día suspirando por un suspiro suyo, ha tapado usted el botecito de la miel, hija mía... ¡y qué cara me vende usted cada cucharada!

PIPIOLA. Simpático, es usted simpático.

JESÚS. No me importa parecérselo a nadie más que a usted.

PIPIOLA. No, pues a mí no me gustaría que le fuera usted antipático a nadie.

JESÚS. ¿Por qué?

PIPIOLA. ¡Toma! Por lo que pudiera tronar.

JESÚS. Pero ¿puede tronar?

PIPIOLA. Mire usted al cielo, a ver si hay nubecillas de agua.

JESÚS. No se burle usted de un hombre sencillo, Juanita; de un hombre que no sabe decir todo lo que siente por usted, porque es tanto... que no atino con las palabras.

PIPIOLA. *Tras una pausa y mirándolo fijamente.* Habrá que pensar eso.

JESÚS. ¿Más todavía?

PIPIOLA. Cuanto más, mejor. ¿Llamaron?

JESÚS. Sí. Yo saldré a ver...

PIPIOLA. ¡Por Dios!

JESÚS. ¿Qué menos?

PIPIOLA. Muchas gracias.

Va Jesús a ello. Dentro se le oye decir a poco:

JESÚS. Pasen ustedes. Pasen.

Pipiola se asoma a la puerta con curiosidad.

PIPIOLA. Pero ¿quién es? *Sorprendidísima.* ¡La Valdelara! ¡Zapato! ¿Qué busca esta señora aquí?

Salen por la puerta de la derecha Nina Valdelara y su amiga Otilia. Son bellas y elegantes las dos. Nina está en la madurez de su belleza. Tiene hermosos ojos, investigadores y profundos. Se detienen en la puerta un punto, fatigadas de las escaleras. Jesús las sigue. Marciana, al olor de la inesperada visita, asoma luego en la puerta de su dormitorio, y allí permanece escuchando, ni dentro ni fuera de la habitación.

NINA. Muy buenas tardes.

OTILIA. Buenas tardes.

PIPIOLA. Muy buenas. Pasen las señoras... ¿Les ha cansado la escalera, verdad? Es claro. Vive una en las nubes... Tomen asiento. Siéntense y descansen un poco.

NINA. ¡Ay!... muchas gracias.

OTILIA. Muchas gracias.

Se sientan las dos.

PIPIOLA. Como las señoras no tienen costumbre...

NINA. *A Otilia, después de observar bien a Pipiola.* Nous avons trouvé la tourterelle.

Pipiola golpea el suelo con el pie, ligeramente contrariada, y es toda oídos.

OTILIA. Tu crois?

NINA. Sans doute. L'as-tu bien regardée?

OTILIA. Très jolie, n'est-ce pas? Réellement charmante.

NINA. Sur tout, en ayant compte du goût actuel de mon ami. Il est allé de la blonde à la brune. Il aime maintenant les yeux noirs.

OTILIA. Oh là là!

Ambas miran con algo más que curiosidad a la muchacha, que exclama con naturalidad absoluta:

PIPIOLA. No he entendido ni una palabra de lo que han dicho ustedes.

Las dos sueltan la risa.

NINA. Dispense usted. Le decía yo a mi amiga que creo que venimos equivocadas; que hemos llamado en otra puerta.

OTILIA. Sí, sí; yo creo lo mismo.

PIPIOLA. Ustedes podrán explicarme...

NINA. Leímos ayer en un periódico...

PIPIOLA. Ah, sí...

NINA. Que hay en esta guardilla un enfermo necesitado y solo, y que las personas que lo socorran harán una verdadera obra de caridad.

PIPIOLA. ¿Y vienen ustedes a socorrerlo?

NINA. Justo.

PIPIOLA. Pues es dos puertas más allá de la mía, en un recodo que hace el pasillo. Yo guiaré a las señoras con mucho gusto. Y conste que no se han

equivocado más que a medias; porque el anuncio lo he puesto yo.

NINA. ¿Usted?

PIPIOLA. Yo.

OTILIA. ¿Usted?

MARCIANA. *Desde su observatorio.* Ella, ella.

NINA. ¿Eh?

MARCIANA. Buenas tardes, señoras.

NINA. Muy buenas tardes.

OTILIA. Buenas tardes.

PIPIOLA. Es mi madre.

Le sonríen las dos.

NINA. ¿Y cómo ha sido el anunciar usted...?

PIPIOLA. Me tocaron seis duros a la lotería, y se me ocurrió gastar una parte en el anuncio ese. El enfermo es un pobre señor que ha tenido posición y dinero y hoy se ve en la desgracia. Oculta su nombre. Él no sabe que yo lo he reconocido. Tuve más pena de su situación, por lo mismo que fué y no es... y llevé al periódico el anuncio sin darle cuenta a nadie. Y estoy muy contenta. Ayer me enteré de que un señor le mandó dinero, y una señora un par de mantas. Y hoy vienen ustedes.

OTILIA. ¿Y quién es, quién es él?

PIPIOLA. Cuando él no quiere que se sepa, yo no debo decirlo. Sería «colarse». *Pégase más fuerte que nunca en los labios, dando ocasión a una mirada de las dos amigas entre sí.* Yo lo conocí en la primera casa rica donde fuí a coser hace ya varios años.

NINA. ¿Es usted costurera?

PIPIOLA. Para servir a usted. Para servir a ustedes. ¿La señora condesa no me recuerda?

NINA. No... ¿Usted me conoce?

PIPIOLA. ¿Tengo el honor de hablar con la señora condesa de Valdelara?

NINA. Sí...

PIPIOLA. Yo creí que la señora condesa se acordaría tal vez de mí. Por más que no tiene nada de particular no haber reparado en mi insignificancia. Pero la señora condesa me ha visto en casa de doña Manuela Valdés y en casa de los señores de Camarguillo.

NINA. No, pues no caigo... Soy muy mala fisonomista.

OTILIA. *Por el traje del maniquí.* ¿Has visto, Nina? ¿Has visto qué traje más elegante?

NINA. Sí; muy elegante es.

PIPIOLA. Creación mía. Yo no me ciño nunca a los modelos, ni aun cuando quieran mis clientes. Siempre pongo un poquito de mi cosecha. Y luego les gusta. El adorno de éste es de encaje negro. Y aquí lleva una flor. Y aquí un broche. Hay que sacar partido de las modas.

NINA. *A su amiga, volviendo al francés, que impacienta a nuestra heroína:* Je n'ai pas besoin d'autres renseignements.

OTILIA. Non?

NINA. Non. Nous avons frappé juste. Je viens de confirmer tous mes soupçons. A coup sûr, c'est l'aventure du fameux malade qui a tout fait. Il est si romanesque!... Tu sais? Ça m'attaque les nerfs!

OTILIA. Naturellement!

NINA. Mets-toi à ma place. Etre supplantée par une petite couturière de rien du tout! C'est abominable!

Pipiola se ha puesto también muy nerviosa, porque no se entera, y su amor propio se siente ajado.

Por la puerta de la derecha sale en esto, en mangas de camisa, estirándose como un gato después de la siesta, el tío Rómulo. Su salida causa la indignación de hija y madre y la contrariedad de Jesús.

PIPIOLA. ¡Tío Rómulo!

MARCIANA. ¡Pero, Rómulo!

PIPIOLA. ¿Qué manera de presentarse...?

TÍO RÓMULO. ¿Eh? *De repente ve la visita, y huye avergonzado.* ¡Ah! Ustedes dispensen.

PIPIOLA. ¡Vamos!

JESÚS. Sus distracciones...

PIPIOLA. Es un tío mío que está un poco tocado. Disculpen las señoras...

OTILIA. No hay de qué.

NINA. El pobre señor no sabía... En fin, Otilia, vámonos, que ya hemos molestado bastante.

PIPIOLA. Molestia ninguna, señora. Las acompañaré a ustedes a la guardilla del enfermo.

OTILIA. Bien.

NINA. Gracias. *Despidiéndose.* Buenas tardes.

OTILIA. Muy buenas tardes.

MARCIANA. Que lo pasen bien las señoras.

JESÚS. Buenas tardes.

PIPIOLA. Iré yo delante, con su permiso.

Vase por la puerta de la derecha, seguida de Otilia y Nina Valdelara.

Marciana se llega a la puerta a verlas desde allí marcharse. Jesús, que durante la escena ha admirado el gracioso desenfado de Pipiola y su genialidad, medita melancólicamente.

MARCIANA. *Volviéndose a Jesús.* ¡Qué olor han dejado más fuerte!...

JESÚS. *Ensimismado.* No es para mí...

MARCIANA. ¿Qué dice usted, Jesús?

JESÚS. Señora Marciana, que no es para mí esa flor que tiene usted por hija.

MARCIANA. *Compartiendo la tristeza del mozo.* ¿Usted cree que no?

JESÚS. Lejos de ella, algunas veces llego a soñar que me la merezco; pero al lado suyo hay ocasiones en que me siento menguar y menguar, hasta verme

convertido en enano. ¡Puñales!... como dice ella... No es para mí, no es para mí.

Viene el tío Rómulo un poco menos indecoroso que antes.

Tío Rómulo. ¡Me caso con el globo terráqueo! ¡Qué entradita hice!... ¿Sabéis quién es una de esas señoras?

Marciana. Una es la condesa de Valdelara, ¿no?

Tío Rómulo. ¡La misma! La que dicen que ha tenido que ver con el señorito Alejandro.

Marciana. ¡Cabal! Hoy se ha hablado aquí de eso. ¡Vaya un paso si llegan a encontrarse!

Tío Rómulo. Yo me hubiera alegrado, no te figures.

Marciana. ¿Por qué?

Tío Rómulo. Ahí verás. *Hace un ademán y un gesto expresivos.*

Marciana. Pero ¿tú sentiste antes al señorito?

Tío Rómulo. ¡No, que no iba a sentirlo! ¡Como vivimos en un palacio!

Marciana. ¿Y por qué no viniste a la visita, hombre?

Tío Rómulo. Ahí verás.

Marciana. No sé lo que piensas. Probablemente todo eso que dices será un cuento chino. Te dormirías como un lirón. Y si no, mira la facha en que saliste cuando estaban aquí esas señoras.

Vuelve muerta de risa Pipiola.

Pipiola. ¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Toma fisgoneo! ¡Diez duros les ha costado la gracia!

Jesús. Pero ¿no venían ellas a tiro hecho?

Pipiola. ¡Y un merengue! El tiro era otro. Ellas apuntaban al número 44, y han dado aquí. Alguien a la cuenta ha visto entrar al duquesito el otro día, y ha tomado el rábano por las hojas. ¡Y éstas se han creído que era yo la del 44! ¡Agua fresca de la tinaja! ¡Qué risa! ¡Y mi anuncio caritativo les ha valido

para plantarse aquí! ¡Magnífico! Pero ya han pagado las puertas. ¡Diez duros menos en el bolso!

MARCIANA. Pero, chica, ¿te quieres estar quieta, que mareas?

PIPIOLA. Pues ¿y el toque de no conocerme? ¿Será tonta? ¡De memoria me sabe! Pero sin duda *no viste bien* conocerme a mí. ¡Ah! Y mañana me compro yo una gramática francesa. Y me hago amiga de la *manicura* de ahí enfrente. Y me enseña a hablar. No, que se juega al tute.

JESÚS. Bueno, yo me retiro.

MARCIANA. ¿Tiene usted que hacer?

JESÚS. Sí; tengo que pasar por el teatro. Buenas tardes.

PIPIOLA. Vaya usted con Dios.

TÍO RÓMULO. Adiós, Jesús.

MARCIANA. ¿Hasta mañana?

JESÚS. Hasta mañana. *Vase por la puerta de la derecha.*

Pipiola ha notado la preocupación de Jesús.

PIPIOLA. ¿Qué le pasa al electricista?

MARCIANA. No sé.

TÍO RÓMULO. Yo sí.

PIPIOLA. ¿Qué le pasa?

TÍO RÓMULO. Que es hombre, que te quiere mucho, y que tiene sangre en las venas y vista en los ojos.

PIPIOLA. Explique usted ese rompecabezas.

TÍO RÓMULO. Como el agua es de claro, paloma. La segunda visita del aristócrata al sotabanco le ha sentado peor que un badilazo en los nudillos.

PIPIOLA. Pues para rato tiene. ¿Y por qué le ha sentado tan mal?

MARCIANA. Eso; ¿por qué?

TÍO RÓMULO. Parecéis bobas hija y madre. ¿Por qué ha estado aquí la condesa de Valdelara? Porque creía que tú eras la pajarita del 44, ¿no?

PIPIOLA. Sí; la amiga de Alejandro. ¿Y qué?

TÍO RÓMULO. ¡Que se ha anticipado a lo que sueña el señorito! ¡contra! Ni más ni menos. Ya lo dije.

PIPIOLA. ¿Eh?

TÍO RÓMULO. ¡Que por eso va triste Jesús!

MARCIANA. ¡Rómulo!

TÍO RÓMULO. ¡Marciana! ¡Yo tengo más mundo que vosotras! ¡Me caso con el globo terráqueo! ¿De dónde el hijo de unos duques va a poner los pies en una guardilla si no es con un busilis? ¡Que no tuviera la Juanita ni el talle que tiene ni esos ojos, y a ver si venía con las cartas el señorito, o venía su administrador o un lacayo! ¡A mí con papeles! ¡He sido portero antes que arbitrista!

Marciana, a la insinuación del tío Rómulo, mira con asombro a Pipiola, no atreviendose a interrogarla. La muchacha, herida en su honor y en el más noble y puro de sus afectos, se rebela enérgicamente contra la insidia.

PIPIOLA. ¡No, madre, no! ¡Que no! ¡Le digo a usted que no, tío Rómulo! ¡Eso no! Alejandro me mira a mí... me mira... ¡qué sé yo!... como a una hermana pobre... ¡Usted tendrá mucha experiencia de cosas malas; pero de esto nada sabe usted! ¡No, madre, no!... ¿Verdad que no? *Se acoge a ella y llora entre sus brazos.*

MARCIANA. No, no; te equivocas, Rómulo, te equivocas.

PIPIOLA. *Separándose de su madre y mirando ofendida al tío Rómulo.* ¡Se equivoca usted! *Éntrase en su cuarto.*

TÍO RÓMULO. *Titubeando ante la honrada actitud de las dos.* Así sea.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el hotel de la marquesa María, en Madrid. Despacho que fué del ilustre literato y diplomático marqués de Casa María. Al foro, y a la derecha del actor, sendas puertas, que conducen respectivamente al interior de la vivienda y al recibimiento. A la izquierda un intercolumnio, que da paso a la biblioteca. Chimenea en un chaflán, entre la pared de la derecha y la del foro. Muebles españoles. Hacia la izquierda de la habitación una mesa. Sobre ella un retrato del marqués en fotografía. Cuadros al óleo, de buena pintura. En las puertas y en el intercolumnio, ricas cortinas. El suelo, alfombrado. Cojines en los sillones y al pie de ellos. Es de día, en noviembre. En la chimenea arde abundante leña.

Ha pasado un año en la vida de Pipiola. La marquesa María, vieja setentona, avellanada y pulcra, de noble continente, contempla, sentada en un sillón frailuno, la llama del hogar. Gusta la señora de pasar cuanto tiempo puede en la estancia donde trabajaba el compañero de su vida.

Por entre las cortinas que cierran el hueco de comunicación con la biblioteca, sale don Félix, de batín. En una mano trae un tomo grande de comedias, y en la otra una amarillenta cuartilla manuscrita. Viene gozoso.

DON FÉLIX. Marquesa. Pepita.
MARQUESA. ¿Qué hay, Pimentel?
DON FÉLIX. ¡Un hallazgo!
MARQUESA. ¿Un hallazgo?

Don Félix. ¿Se acuerda usted de aquel romance que el pobre Luis echaba de menos en sus últimos días?

Marquesa. ¿Un romance?... ¡Ah, sí! ¡El de la enamorada!

Don Félix. ¡Justo!

Marquesa. Que sintió mucho no haberlo incluído en sus obras completas, porque lo había perdido y no lo recordaba de memoria. ¿Has dado con él por ventura?

Don Félix. Sí, señora; aquí está. Entre las páginas de un tomo de Lope de Vega lo he hallado.

Marquesa. ¿Tú o don Dominguito?

Don Félix. Yo, yo.

Marquesa. A ver... ¿Dónde tengo las gafas?

Mientras las busca y se las pone, dice don Félix:

Don Félix. Es un romance primoroso; una joya. Notará usted que no me duermo como bibliotecario.

Marquesa. Después de almorzar todos los días te duermes. Desde aquí te oigo yo. ¡Je! Y no roncas; silbas.

Don Félix. ¡Qué ganas de meterse conmigo!

Marquesa. *Cogiendo la cuartilla y mirándola con emoción.* El mismo, el mismo... el de la enamorada... Lo leyó un año nuevo.

Don Félix. ¡Oh! ¡Aquellas cenas literarias que se daban aquí!... ¡El pobre Pepe Santa Roca, Sancho Rodrigo, los dos Ernestos, Casa González!... ¡Oh!... ¡Y Panchita Rando, y Mariquita Vega, y la Peñaflor, y la Monte Verde, y Justita Martínez!... ¡Ay!...

Marquesa. Calla, Félix, calla, que casi no quedamos más que tú y yo.

Don Félix. ¡Cómo pasan los años, Pepita!

Marquesa. ¿Los años? ¡Cómo pasan los siglos!

Por la puerta del recibimiento sale un criado, y anuncia:

CRIADO. Señora marquesa: la señora condesa de Valdelara.

MARQUESA. *Muy sorprendida.* ¡Santa Rita! ¿Quién se quiere morir? Que pase. *Se retira el criado.* Mira, Pimentel, déjame esto guardado en el mismo libro; aquí, sobre la mesa. Lo veré luego.

DON FÉLIX. Sí, señora. *Obedece y se va a sus dominios.*

La marquesa espera unos instantes a que aparezca Nina Valdelara, que llega por la puerta de la derecha en traje otoñal, alegre, fragante y decidida.

NINA. ¡Pepita de mi alma! ¡Lo que deseaba ver a usted!

MARQUESA. Pícara, picarona; no digas embustes.

NINA. ¿Me llama usted pícara porque vengo?

MARQUESA. Te llamo pícara por lo que has dejado de venir. Siéntate. Hace más de un año que no te veo.

NINA. No tanto, no...

MARQUESA. A mí me ha parecido un año...

NINA. Usted es muy buena.

MARQUESA. ¿Y Eusebio?

NINA. Bien... Es decir, bien... con sus achaques, como siempre. Él es quien más me ata. Ahora tiene reuma en la boca. Le bailan casi todos los dientes.

MARQUESA. Mira, si le bailan, es señal de que todavía tiene dientes... tiene dientes... suyos. ¡Je!

NINA. Pero le van a durar muy poco. ¡Qué fastidio de males! Cuando no es una tecla es otra.

MARQUESA. Menos mal que no se te pegan a ti, que estás espléndida como una magnolia.

NINA. De bastante me sirve.

MARQUESA. No seas verde, Nina. Ni te quejes, no te castigue Dios. Ya te advertí yo que lo pensaras mucho; que era un enlace muy desigual... ¿Y por qué no te ha acompañado aquí ese vejestorio?

NINA. Lo he dejado ahí enfrente con el dentista. Luego iré a recogerlo.

MARQUESA. Pues veníos juntos a tomar conmigo una taza de te. Estáis a dos pasos. A esta casa ya no viene nadie, hija mía. Desde que murió mi pobre Luis... nadie quiere nada conmigo. Soy una vieja inúti! o impertinente, como todas las viejas.

NINA. No diga usted eso, Pepita. *Fijándose en el retrato del marqués.* ¡Qué bien está el marqués en ese retrato!

MARQUESA. Ah, sí. Es el último. No puede estar mejor. Kâulak se lo hizo cuando entró en la Academia Española.

NINA. *Sofocada.* ¡Lo que hace aquí es un calor irresistible! Tiene usted la casa a una temperatura de horno.

MARQUESA. ¡Je! Todo el que viene se queja de lo mismo.

NINA. Como que esto es África. ¿Calefacción de vapor, por supuesto?

MARQUESA. Sí; pero además enciendo las chimeneas de leña, porque a mí la leña es la que me abriga. Y además me distrae.

NINA. ¡Así está la casa! Puede que por eso no venga la gente.

MARQUESA. Eso dice Juanita.

NINA. ¿Quién?

MARQUESA. Juanita. Una muchacha que me acompaña ahora. Muy mona y muy discreta, por cierto.

NINA. Sí; algo he oído...

Sale don Félix, de chaqué.

DON FÉLIX. Condesa... *Le besa la mano.*

NINA. ¡Oh, Pimentel! ¿Qué tal?

DON FÉLIX. Encantado de verla. ¿Y el conde?

NINA. Así así...

DON FÉLIX. ¿Nieva en la calle?

NINA. ¡No! ¡Si hace un gran día!

DON FÉLIX. Lo digo, condesa, porque al sonreír usted me pareció que le había nevado en la boca.

NINA. ¡Ah! Debí esperar la flor, conociéndolo.

MARQUESA. Y que con la edad se le recrudece la vena. ¡Las veces que habrá preguntado la misma tontería!

NINA. Genio y figura... De modo, Pepita, que se ha echado usted señorita de compañía, ¿no es eso?

MARQUESA. ¡Claro! Como estoy empezando a vivir...

DON FÉLIX. ¿A quién se refiere?

MARQUESA. A la damita de honor, como tú la llamas.

NINA. ¿Por qué la llama usted así?

DON FÉLIX. Pues, porque... porque se me figura más galano.

NINA. *Afectando que ignora de quién se trata.* Es joven, ¿eh?

MARQUESA. Y muy buena chica.

DON FÉLIX. Y preciosa, por añadidura.

MARQUESA. De familia humilde. Ella era costurera, modistita. La madre es lavandera. Lava en casas grandes. Cuando el pasado invierno cayó enfermo de gravedad en el Palacio Viejo Alejandro Olmeda, mi ahijadillo, con los padres en Nueva York, solo, entre criados — que ya tú sabes lo que son criados, — esta muchachita, ligada a la casa por yo no sé qué recuerdos de la niñez, se puso a la cabecera de la cama del pobre chico, y puede asegurarse que a sus extremosos cuidados les debe la piel.

NINA. ¿Sí, verdad?

MARQUESA. Como te lo cuento. Yo envié a asistirlo a Sor Juana de los Apóstoles, y a los dos o tres días vino a decirme: «Señora marquesa: con aquella criatura allí, ni su madre hace falta.»

Don Félix. *Pegando entusiasmado la hebra.* Y hay que pensar en todo; hay que ver la enfermedad de que se trataba: ¡fiebres tíficas! ¡Un mal contagioso; un caso gravísimo, condesa! Veinte días estuvo entre la vida y la muerte Alejandrito. ¡Y ni un instante desmayó esa mujer! Yo lo vi: a mí no me lo ha contado nadie. ¡Qué entereza de alma, qué resistencia corporal! No bastaban advertencias ni ruegos para que descansase: ella había de intervenir en todo. ¡Una heroína; una verdadera heroína! ¡Y cómo la embellecía el sufrimiento!... A ratos, no sé si de su frente o de sus ojos despedía un resplandor celestial... Me exalto, me exalto hablando de esa nena.

Nina. Ya, ya veo...

Marquesa. Sí; en Pimentel tiene un apologista...

Nina. Basta que se trate de faldas...

Don Félix. ¡Oh, no! El más puro entusiasmo, condesa; el más puro.

Marquesa. Pues, como te contaba: libró el pellejo el pobre chico, y en cuanto materialmente pudo tenerse en pie, lo mandaron los médicos a su casa de la sierra de Córdoba. Los padres, avisados, volvieron en seguida de Nueva York, y desde Cádiz, donde desembarcaron, se fueron a Córdoba con él. Y allí han pasado cerca de un año.

Nina. ¿Y allí siguen?

Don Félix. Ya no. Precisamente hace cinco días llegaron a Madrid los duques. Juanita ha estado a verlos. Y Alejandrillo, que se detuvo en una montería, si no ha llegado anoche, llegará esta noche o mañana.

Nina. Ya.

Don Félix. *Con malicia.* ¿No sabía usted nada de esto, condesa?

Nina. *Disimulando.* Nada absolutamente.

Marquesa. Y como Pimentel me había oído a mí

cien veces lamentarme de mi soledad, suspirar por una persona que me acompañara, y Juanita lo había subyugado, se fijó en ella y me la propuso. Yo la conocí, me agradó... y aquí la tengo hace varios meses. Me habla de todo, me distrae — es muy lista, — me acompaña, me escribe algunas cartas—porque a éste ya le va temblando el pulso,— me lee periódicos y libros... me entretiene las horas.

DON FÉLIX. Pero lo verdaderamente extraordinario de esa criatura—al fin mujer; y digo mujer en el sentido más elogioso de la palabra—ha sido su transfiguración, su acomodación a este nuevo ambiente en que ahora vive. Era una modistilla, ¿verdad? Pues la ve usted y es una señorita. Con el mismo desenfado que por su guardilla, anda por esta casa. Igual respira aquí que allí.

NINA. *Echándolo a broma.* ¡Pues no deja de ser un milagro; porque aquí no respira nadie! ¡Qué calor, Pepita! Yo me ahogo. Y a usted, señor don Félix, lo encuentro muy sacado de cuello.

DON FÉLIX. ¿A mí?

NINA. Sí; con esa joven; con ese prodigio... con esa santa. Se trasluce que es santa de su devoción.

DON FÉLIX. Si no envenena usted la frase, desde luego.

NINA. ¡Oídos que tal oyen! El mejor día, de madrigal en madrigal, le espeta usted una declaración inflamada.

DON FÉLIX. ¡Por los clavos de Cristo, Nina!

NINA. ¿Teme usted que le diga que no?

DON FÉLIX. No es eso...

MARQUESA. ¡Temerá que le diga que sí!

NINA. ¡Ja, ja, ja!

MARQUESA. ¡Cómo te gustan las verduras, «indina»!

Por la puerta del foro llega en este momento Pipiola. Viste con graciosa sencillez. Trae un jarroncito con flo-

res, que coloca en la mesa ante el retrato del marqués.

Don Félix. Aquí la tenemos.

Pipiola. *Saludando a Nina.* Señora...

Marquesa. Ven acá, así que dejes eso. Voy a presentarte.—Me pone flores delante de todos los retratos de Luis.— Ven acá. La señora condesa de Valdelara...

Pipiola. Mucho celebro la ocasión de saludarla nuevamente...

Marquesa. Ah, ¿tú la conocías?

Pipiola. Sí, señora. Tenía ese gusto.

Nina. ¿Sí?

Pipiola. ¿Se ha olvidado la señora condesa? ¿No me recuerda? Es natural, en medio de todo: de donde me vió a donde me ve... A cualquiera le pasa.

Nina. Pues sí, sí; no...

Pipiola. La señora condesa estuvo un día por equivocación en mi guardilla. Hará cosa de un año. Iba la señora a dar una limosna en otra guardilla de junto...

Nina. Sí; es posible... Ahora tengo una idea... Sí, sí... *A la marquesa, apelando al francés.* Elle est vraiment gentille. Et elle a l'air très intelligente. Ma felicitation, marquise, et à vous aussi, monsieur l'apologiste.

Marquesa. *Extrañada.* ¿Y por qué me hablas de pronto en francés?

Pipiola. *Que si es muda revienta.* C'est une habitude de madame la comtesse. Je m'en souviens. *Nina se desconcierta al oírla.* Lorsqu'elle monta chez moi avec une de ses amies, elle aussi parla français tout à coup. *A Nina, despidiéndose.* Madame, enchantée de vous saluer. A votre service... *Aturdida por su triunfo.* Bon soir... bon jour...

Marquesa. ¿Qué te parece? ¿No te decía yo que

era una alhaja? Pero, no te vayas, mujer. Estáte aquí un ratito.

DON FÉLIX. No nos prive usted tan pronto de la luz de sus ojos... Deje a oscuras por unos momentos el resto de la casa.

NINA. *Burlescamente.* ¡Ejem! ¡ejem!

PIPIOLA. Como mande la señora marquesa; pero aun me quedan que poner otras flores...

MARQUESA. No importa; siéntate.

PIPIOLA. Estoy bien de pie.

MARQUESA. Siéntate.

Pipiola obedece. Pausa.

PIPIOLA. Pues yo no olvido la visita de usted a mi guardilla; entre otras razones, porque la asocio a un buen recuerdo. Ha de saber la señora condesa, que no parece sino que le llevó al caballero necesitado la buena suerte.

NINA. ¿Sí?

PIPIOLA. Sí, señora; desde aquel día le menudearon mucho los socorros.

NINA. ¡Vaya!

DON FÉLIX. Como que ya ha levantado cabeza. Sé de quien se trata. Ese infeliz tuvo mucho más dinero que yo... y llegó, por calavera, hasta pedir limosna. ¡Dios nos libre! Tronadito, pero no tanto.

MARQUESA. Mírate, mírate en ese espejo. El día que yo falte...

DON FÉLIX. No hablemos de cosas tristes, marquesa. Oiga, Juanita, la condesa le puede facilitar a usted las papeletas para ir al Congreso.

PIPIOLA. ¡Es verdad!

NINA. ¿Le interesa el Congreso?

MARQUESA. Le interesa todo; es más curiosa que una mona.

PIPIOLA. Me interesa... lo que no conozco, que es mucho.

NINA. Esa teoría es peligrosísima.

DON FÉLIX. ¡Je!

MARQUESA. No seas picante.

NINA. ¿Nunca ha estado usted en el Congreso?

PIPIOLA. Puedo decir que nunca. Sólo una vez, muy niña, me llevó a la tribuna pública mi tío. Lo recuerdo, pero no lo puedo juzgar.

NINA. Ahora quizás se aburra usted. Son unas sesiones muy sosas. No hay escándalo, que es lo que a nosotras nos divierte.

PIPIOLA. Yo leo los extractos en los periódicos. ¿Y a que no sabe usted lo que más me choca?

NINA. ¿Qué?

PIPIOLA. El tratamiento. «Su señoría por aquí, su señoría por allá...» No me suena. Sobre todo cuando se insultan unos a otros. «¡Su señoría no sabe lo que dice! ¡Su señoría es un traidor! ¡Su señoría se ha quedado con cinco millones!» ¿En dónde está la señoría? No me suena.

Risas de todos.

DON FÉLIX. ¡Muy bien! Hay chispa, hay chispa.

NINA. Tiene gracia.

MARQUESA. Con estas ocurrencias me divierte a mí. Y además es una gran cómica.

NINA. ¿También eso?

MARQUESA. Todo lo imita, todo... Y dice los versos por maravilla. ¡Si la hubieras oído anteanoche recitarme el monólogo de *La cadena rota*, de mi pobre Luis!...

NINA. ¿Por qué no se dedica al teatro?

PIPIOLA. ¡Jesús! Dios me libre.

NINA. ¿No le gustaría ser actriz, con esas cualidades?

PIPIOLA. Ni pizca.

DON FÉLIX. ¿Por qué?

PIPIOLA. Porque no las tengo, por más que diga

la señora, y porque no me agradan las farsas. ¡Es horrible! ¡Ser emperatriz toda una noche... y luego irse a dormir a una casa de huéspedes! De ser emperatriz, serlo de veras, ¿no?

NINA. Evidentemente.

MARQUESA. ¡Je!

DON FÉLIX. Es un argumento de fuerza. No se me había ocurrido nunca.

Sale por la biblioteca Manolita.

MANOLITA. Señora.

MARQUESA. ¿Qué hay?

MANOLITA. Está ahí la madre de la señorita Juanita.

PIPIOLA. ¿Mi madre?

MANOLITA. Que dice que la señora la ha mandado llamar. Por la escalera del jardín ha subido.

MARQUESA. Sí, sí. Ve tú a verla, Juanita, y dile que me espere un momento.

PIPIOLA. Con permiso, señora condesa. *A la doncella.* Manolita: hable usted por teléfono con la casa Hernández. Diga que vengan a recoger los almohadones que han traído; que no es eso lo que se encargó.

MANOLITA. Sí, señorita.

Pipiola se marcha por la biblioteca y Manolita por la puerta del foro.

NINA. *A la marquesa.* Vaya usted con Juanita, si quiere.

MARQUESA. No, tonta. ¡No faltaría más! No hay prisa ninguna. Es que le pienso consultar a la madre ciertos planes de casamentera que acaricio...

NINA. Ah, ya. ¿Le ha buscado usted parejita a la perla?

MARQUESA. Sí; un brillante. ¡Je! Un protegido mío: el hijo de Escudero; de mi administrador de Ávila. Un buen partido para ella. La ha visto dos

veces y está que coge moscas... Cosas de muchacho.

NINA. Pues a don Félix parece que se le ha alargado la cara...

DON FÉLIX. ¿Qué dice usted, condesa? No, no... Vuelvo a repetirle que mi entusiasmo por esa muchacha es puro... nítido. No diré platónico, porque yo he tenido siempre una desdichada idea de Platón.

NINA. Bien; no quiero ser inoportuna. Me marcho, que el asunto es de peso. Hable usted en seguida con *la señá* Pascuala, o como se llame la lavandera.

DON FÉLIX. Marciana se llama. ¡Guapísima!

MARQUESA. Pero, mujer, ¿no te digo que no tengo prisa ninguna?

NINA. Si es que yo mientras voy en busca de mi marido, y volvemos los dos a tomar el te.

MARQUESA. Ah; así, sí; así me conformo. Pero ¿no me engañas?

NINA. No, señora. Si no puede o no quiere venir Eusebio, porque está molesto con los dientes, le dejaré el coche y vendré yo.

MARQUESA. ¡Ajajá!

NINA. Hasta luego.

MARQUESA. Anda, te acompaño de agradecida. Pimentel, que venga esa mujer aquí, que el resto de la casa está helado.

NINA. ¡Sí que es aprensión!

DON FÉLIX. A las pies de usted, Nina.

NINA. Hasta luego, don Félix.

MARQUESA. *Yéndose por la puerta de la derecha con Nina.* No, y si salgo al recibimiento, es porque es la caldera del barco. Hija, ya no tengo sangre en las venas... Tú, en cambio, echas fuego; no hay más que verte... ¡Qué colores!

DON FÉLIX. *Mirando por entre las cortinas de la biblioteca.* Ah, si están aquí... Pase, Marciana, pase.

Levanta una de las cortinas y aguarda a que pasen Marciana y Juanita.

Marciana viene que cruje de limpia y bien puesta.

MARCIANA. Buenas tardes. Se ha molestado usted; muchas gracias.

DON FÉLIX. ¿Cómo vamos, Marciana?

MARCIANA. Yo bien, ¿y usted?

DON FÉLIX. No se pasa mal; ¿verdad, Juanita? ¿Y el tío Rómulo?

MARCIANA. Una miaja más decente le tengo ahora. *Sin poder reprimirse.* ¡Chica, qué calor hace aquí!

PIPIOLA. Eso es porque vienes de la calle.

MARCIANA. Por lo que sea. Yo me *asfisio*. Don Félix, ¿esto es sano?

DON FÉLIX. ¡Mire usted la cara de Juanita!

MARCIANA. Sí que da gloria verla. Pero yo me *asfisio*. Y en cada habitación que entro, más calor que en la que dejo atrás.

DON FÉLIX. Tranquilícese usted; ya no hay otra. La visita va a ser aquí.

MARCIANA. Pues aquí «la diño».

PIPIOLA. *Pegándole cariñosamente en la boca.* ¡No digas esa frase!

MARCIANA. ¿No?

PIPIOLA. No.

DON FÉLIX. Ya viene la señora. *A Pipiola.* ¿Usted sabe de lo que va a tratarse en esta entrevista?

PIPIOLA. Mejor que usted.

DON FÉLIX. Mejor que yo lo sabe usted todo, menos una cosa en el mundo.

PIPIOLA. ¿Cuál?

DON FÉLIX. En qué grado la admiro.

MARCIANA. ¡Pero qué almibarado está usted siempre!

PIPIOLA. Para apreciar eso hay que vivir al lado suyo.

DON FÉLIX. «Yo soy como la abeja,
que en los rosales
toma la miel que deja
luego en panales.
Y a su colmena
del dulce de las flores
va siempre llena.»

MARCIANA. ¿Digo, eh? ¡Hasta versos!

PIPIOLA. Es colmena que no se agota. Y me quito de en medio, que no quiero estorbar. En el jardín estoy.

MARCIANA. ¿Te vas, chica?

PIPIOLA. Pasito a paso. *Márchase por la biblioteca.*

La marquesa vuelve por donde se fué.

MARQUESA. ¡Hola, Marciana!

MARCIANA. Señora marquesa... ¿Cómo está usted?

MARQUESA. Bien, ¿y usted?

MARCIANA. Para servirla.

MARQUESA. Siéntese usted. Aquí, junto a la lumbre...

Marciana mira a Pimentel, pidiendo auxilio.

MARCIANA. Donde me mande la señora...

DON FÉLIX. Yo creo que Marciana tiene de por sí bastantes calorías; ¿no, Marciana? Aquí estará mejor.

MARCIANA. Sí, señor, sí; se agradece.

MARQUESA. Donde usted quiera; siéntese donde quiera. Me olvido de los años que tengo, y me empeño en poner a todo el mundo a la parrilla.

DON FÉLIX. Hasta luego. *Retírase a la biblioteca.*

MARQUESA. Pues verá usted, Marciana, para lo que la he mandado venir. Yo siempre he sido un poquillo casamentera, esta es la verdad; he disfrutado arreglando bodas. Y no he tenido mala mano,

no. Pero desde que mi pobre hija se metió en el convento — aquel golpe mató a su padre...

MARCIANA. Sí, señora, sí; ya la Juanita me ha referido...

MARQUESA. No sé ver a una chica soltera sin pensar con quién la casaría. Chochera de vieja... o amor de madre que aun me queda en el corazón y reclama su empleo... ¡Lástima de mi Lola! Yo debía tener nietos, Marciana.

MARCIANA. Es verdad, señora marquesa. Mire usted, yo — en paz sea dicho del Santo Padre, — ni frailes ni monjas he querido nunca.

MARQUESA. Bueno, pues esta Pipiola de usted me tiene hechizada.

MARCIANA. ¡Señora marquesa!

MARQUESA. La verdad, la verdad: me tiene hechizada. Es una chiquilla modelo. Dios la ha dotado bien; pero ella lo aprovecha. Que idiomas, que lecturas, que piano, que labores... ¡Qué afán el suyo de mejorarse, de pulirse!... Un contento.

MARCIANA. Señora marquesa, muchas gracias.

MARQUESA. La verdad, la verdad... Pues bien: días atrás ha venido a entregarme cuentas el hijo de mi administrador de Ávila, que es perito agrónomo. Un muchacho muy seriecito, muy guapo — muy guapo, no; pero no es feo; y el hombre y el oso... — muy cumplidor de sus deberes, muy hombre — que eso, en nuestros días, va siendo también una cosa rara, — y al que yo, por gratitud al padre, le pienso dejar unos cuartitos el día que cierre el ojo.

MARCIANA. Que Dios quiera que tarde mucho.

MARQUESA. Dios lo quiera; pero no puede tardar mucho. Además... me aguardan...

MARCIANA. Ya entiendo a la señora.

MARQUESA. Sigamos con el chico. ¿Usted está abrasándose de calor?

MARCIANA. Sí, señora; no sé disimularlo.

MARQUESA. Abreviaré. Yo he pensado en ese chico para Juanita.

MARCIANA. Dios se lo pague a usted, señora marquesa.

MARQUESA. Él la ha visto y se ha enamorado como un cadete. Tiene, tiene gancho la pícara. ¿Quiere usted que me pongá las medias azules... y...? ¿Eh? ¿eh?

MARCIANA. Señora marquesa, lo que usted haga está bien hecho. ¡Vamos! ¿Qué voy a decir yo? ¡Consultarme a mí!...

MARQUESA. Es usted su madre, Marciana.

MARCIANA. Su segunda madre es usted. Pero sí la debo prevenir a la señora que no extrañe si la Juanita sale con alguna pata de gallo.

MARQUESA. No saldrá.

MARCIANA. No se fíe usted. La Juanita es de estudio, como dice mi hermano Rómulo. Es de estudio.

MARQUESA. De estudio, ¿eh?

MARCIANA. Y en este particular de los noviazgos tiene un cerrojito en la frente. Lo corre... y ¡vaya usted a averiguar lo que allí dentro pasa!

MARQUESA. Bueno es saberlo, sí... Un cerrojito... un cerrojito...

MARCIANA. Es muy voluntariosa, y no se aviene, como otras chicas, a razones de nadie, sino a su gusto. Con muy buenas palabras planta a un archipámpano si no le peta. Eso sí: del último *cerrojazo* que dió me alegro yo ahora; ni que decir tiene; porque una proporción como esta...

MARQUESA. No, no es despreciable. La parejita sería cabal.

MARCIANA. Pues en sus manos de usted queda el pandero... Yo bendigo la hora en que la Juanita pisó esta casa... ¿Qué más he de decirla a usted?

MARQUESA. Bueno, bueno; pues a ver si yo le pongo el cascabel al gato. Ea, y váyase usted ya, que me está dando pena y envidia verla sudar de esa manera... ¡Je!

MARCIANA. Como una no está hecha más que al braserito...

MARQUESA. Anda, anda con Dios. Y ya procuraré tenerte al corriente...

MARCIANA. Muchísimas gracias por todo, señora marquesa. Dios la premie a usted lo que hace por mi hija.

MARQUESA. Por ahí, por la biblioteca; por donde has venido...

MARCIANA. Ya, ya sé. Buenas tardes, señora marquesa. Buenas tardes. Muchísimas gracias, muchísimas gracias...

Se va muy contenta, y un si es no es aturdida, y soñando con respirar el aire fresco de la calle.

MARQUESA. Adiós, adiós... ¡Pobre mujer! ¡Qué sofoquina lleva! En cambio yo... ¡Dichoso mes de las castañas! ¡Qué frío viene siempre!... *Aproximándose a la lumbre.* ¡Vaya con Juanita! De estudio, de estudio, como dice su tío...

Vuelve por la biblioteca Pipiola.

PIPIOLA. ¿Qué le ha dado usted a mi madre, que va tan oronda, y me ha pedido que no sea casquivana y que le haga a usted caso?

MARQUESA. ¡Ah! Es un secreto entre tu madre y yo.

PIPIOLA. ¿Sí? ¡Y yo!

MARQUESA. ¿Y tú? Pues tú, ¿qué sabes?

PIPIOLA. Más que el perito agrónomo.

MARQUESA. ¡Anda con esa! ¿He soñado en voz alta, niña?

PIPIOLA. No, señora; se lo ha contado usted a don Félix.

MARQUESA. ¡Ah, soplón! Bueno, ya hablaremos despacio. Pero no eches el cerrojito.

PIPIOLA. ¿Eh?

MARQUESA. Yo me entiendo. Ahora voy a ver si aun queda un rayito de sol en la galería.

Se marcha por la puerta del foro.

PIPIOLA. ¡Pobre señora! ¡Cuánto le debo a su bondad!... ¡Y siempre haciendo castillos en el aire llevada de lo que me quiere!... Dios se lo pague. *De improviso siente hacia la derecha una voz amiga. Al oírla se estremece. No sabe si irse o si quedarse; su ánimo vacila, asaltado por íntimo júbilo y extraño temor. Tiembla, sonríe... El corazón le salta en el pecho.* ¿Eh? ¿Quién habla? ¡Ahí está!

Sale don Félix de la biblioteca.

DON FÉLIX. ¿Monologueamos, Pipiola?

PIPIOLA. ¡Don Félix! ¡Ahí está!

DON FÉLIX. ¿Quién, nena?

PIPIOLA. ¡Alejandro!

DON FÉLIX. ¿El duquesito?

PIPIOLA. ¿No lo oye usted?

DON FÉLIX. Sí, sí por cierto.

PIPIOLA. ¡Cómo no me engañaba yo!

DON FÉLIX. *Para sí.* ¡Y cómo lo ha olido la otra pájara! Voy a recibirlo. *Vase por la puerta de la derecha.*

PIPIOLA. Pero ¿quién lo entretiene? *Maquinalmente se arregla los cabellos.* ¿Adónde vas, tonta?... ¿No lo esperabas?... ¿Por qué no entra ya?... ¿Qué hace?...

Tras una breve pausa, aparece por la puerta de la derecha Alejandro. Don Félix lo sigue, satisfecho. Alejandro, al ver a Pipiola, corre a ella y le estrecha las manos con emoción.

ALEJANDRO. ¡Pipiola!

PIPIOLA. ¡Alejandro!

DON FÉLIX. ¡Él era, él era!...

PIPIOLA. ¿Ve usted como era él? ¡Qué bueno estás! ¡Qué bien te has puesto! ¡Pareces otro, otro!...

DON FÉLIX. ¡Otro, otro enteramente!

ALEJANDRO. Sí que me siento bien; muy bien. Más fuerte que nunca.

DON FÉLIX. *Con cierta nostalgia.*

«¡Juventud, divino tesoro!...»

PIPIOLA. ¿Quién conoce al espectro aquel? ¿Eh, don Félix?

DON FÉLIX. Gracias... a las gracias.

ALEJANDRO. ¿Y mi madrina?

DON FÉLIX. ¿Pepita?

ALEJANDRO. Sí.

DON FÉLIX. En el oratorio seguramente. ¿La llamo?

ALEJANDRO. ¡Sí! *Deja sobre la mesa sombrero y guantes.*

PIPIOLA. No... no la llame usted, don Félix... Yo acompañaré a Alejandro mientras ella reza... Ya sabe usted que no le gusta que se la distraiga de sus devociones... Además, Alejandro y yo tenemos que hablar muchas cosas... ¿Verdad, resucitado?

ALEJANDRO. ¡Digo! ¡Ya lo creo!...

DON FÉLIX. Bien... bien... pues los dejo a ustedes, ¡qué demonio! El onceno... ¿eh?

ALEJANDRO. Usted no estorba nunca, don Félix. ¿Da mucho que hacer la secretaría?

DON FÉLIX. Hijo, como yo a mi vez tengo secretario, ¡figúrate!... Tú sabes bien, Alejandrillo, que secretaría y biblioteca no son para mí sino la túnica decorosa que encubre mi penuria presente...

ALEJANDRO. Modestia y humildad de usted.

Pipiola no puede disimular su impaciencia.

DON FÉLIX. ¡Bibliotecario yo!

ALEJANDRO. ¿Por qué no, don Félix?

DON FÉLIX. ¡Bibliotecario yo, que he mirado

siempre a los libros con tan supersticioso respeto! ¡Ay!... Mis libros de estudio han sido otros... rosados... suaves... de varia y sabrosa lectura... ¡Y qué caritas me salieron algunas encuadernaciones!... En fin, Pipiola está impaciente por charlar contigo. Hasta luego, hasta luego.

ALEJANDRO. Vaya usted con Dios.

Entrase don Félix en la biblioteca.

Pipiola y Alejandro se miran atentamente, sonriéndose.

PIPIOLA. ¡Me parece mentira esto!

ALEJANDRO. A mí me parece una verdad muy grata.

PIPIOLA. Eso no es que lo parece, sino que lo es.

ALEJANDRO. Tú también has cambiado, Pipiola.

PIPIOLA. ¿Para mejorar?

ALEJANDRO. ¡Quién lo duda!

PIPIOLA. *Batiendo palmas.* ¡Ole! ¡ole!

ALEJANDRO. ¿Sigues contenta aquí?

PIPIOLA. Más cada día. Esta madrina tuya es de oro. Me quiere mucho. Siempre quiere tenerme a su lado.

ALEJANDRO. Es muy buena Pepita.

PIPIOLA. Marquesa de verdad; que hay algunos títulos de pega. ¡Cómo se aprende a ser señora en su compañía!

ALEJANDRO. ¡Y lo que es frío no lo pasarás nunca!

PIPIOLA. ¡Nunca!

ALEJANDRO. Se gana el cielo en esta casa.

PIPIOLA. Eso le digo yo.

Silencio. Pipiola espera de su amigo palabras efusivas.

ALEJANDRO. *Contemplándola.* ¡Pipiola... Pipiolilla!... Tenía muchas ganas de verte.

PIPIOLA. ¿Sí? ¿Cuándo has llegado?

ALEJANDRO. Anoche. ¿Querrás creer que en el camino me puse a recordar tu cara y no pude? ¡No acertaba a representarte en mi memoria!

PIPIOLA. ¡Qué raro, oye!

ALEJANDRO. ¿Te hace gracia?

PIPIOLA. Maldita.

ALEJANDRO. *Riendo a boca llena hasta contagiar a Pipiola.* ¡Ja, ja, ja!

PIPIOLA. Siéntate.

ALEJANDRO. ¿Qué más da? Deja.

PIPIOLA. Has de saber que te he presentido.

ALEJANDRO. ¿Cuándo?

PIPIOLA. Esta mañana.

ALEJANDRO. ¿Telepatía?

PIPIOLA. ¿Qué? Siempre te gusta desconcertarme con palabras nuevas.

ALEJANDRO. No, mujer. Ni es nueva la telepatía. Con esa palabra se expresa la misteriosa comunicación que existe a veces entre almas lejanas.

PIPIOLA. ¿Qué me cuentas? Ya sospechaba yo que eso tenía que llamarse de algún modo. ¡Y vaya una temporadita de telepatía la que llevo yo!... Telepatía... Es bonito.

ALEJANDRO. ¿Te ha gustado?

PIPIOLA. Sí. Pues es verdad que te presentí esta mañana. Y esta tarde, por un fenómeno, adquirí la seguridad de que hoy vendrías a verme... A vernos.

ALEJANDRO. ¿Qué fenómeno?

PIPIOLA. Un cometa: una estrella de rabo.

ALEJANDRO. No sé...

PIPIOLA. Ni falta. ¿Qué te han dicho tus padres de mí?

ALEJANDRO. Mucho y bueno.

PIPIOLA. ¿De veras? ¡Qué alegría!

ALEJANDRO. Están que no saben dónde ponerte.

PIPIOLA. A mí me faltó tiempo para ir a verlos en cuanto llegaron. Me dió tu madre un beso de cinco minutos. No se me olvidará. A tu padre lo he encontrado muy viejo.

ALEJANDRO. No te creas: se conserva fuerte. Son las barbas blancas las que lo envejecen al parecer.

PIPIOLA. Más vale así. Ah, mira. *Le muestra los pendientes que lleva.* ¿Conoces esto?

ALEJANDRO. ¿Las orejas?

PIPIOLA. El adorno.

ALEJANDRO. ¿Regalo de mi madre, quizás?

PIPIOLA. Algo más que regalo.

ALEJANDRO. ¿Por qué?

PIPIOLA. Porque eran suyos. *Un punto de silencio.* Yo no quise tomarlos, ¿sabes?... Pero ella se empeñó... ¡y valían tanto para mí!... No me los quito. ¡Lo que lloró!... ¡lo que lloramos juntas!... ¡Y qué sano es llorar de alegría!... ¡Ay, el Palacio Viejo!... ¡Cuántas cosas!... ¡Qué historia! Tú y yo, de pequeños, jugando reunidos... deseando los días en que iba mi madre... en que iba mi madre a lavar... Luego, tus males, tus fiebres, tu vida en peligro... yo a tu cabecera... Después, mi visita de hace unos días a tus padres... ¡Cuántas cosas!... Si yo tuviera talento para escribir una novela, la llamaría *El Palacio Viejo.* Tu madre me dijo que nunca más te dejaría solo. ¿En qué estás pensando? ¿No me oyes?

ALEJANDRO. Sí, mujer. Sino que me ha chocado eso de la estrella de rabo que me dijiste antes.

PIPIOLA. *Con desencanto.* ¡Bah!

ALEJANDRO. ¿Qué cometa es ese?

PIPIOLA. Si lo llego a saber, no te lo nombro. Uno de ojos inquietos que siempre te persigue.

ALEJANDRO. Ya, vamos. ¿Ha venido, quizás?

PIPIOLA. No hace un cuarto de hora.

ALEJANDRO. Pero esa mujer...

PIPIOLA. Es tu heraldo, hijo mío. O tu sombra, si te gusta más.

ALEJANDRO. Tanto como mi sombra...

PIPIOLA. Hoy la he hecho rabiar un poquitillo.

ALEJANDRO. ¿Tú? ¿Por qué?

PIPIOLA. Venganzas.

ALEJANDRO. ¿Y qué tienes tú que vengar de ella?

PIPIOLA. *Turbándose.* Hombre... cuentas pasadas... Alguna vez me ha querido humillar. Aquí la tendrás a tomar el te dentro de un rato.

ALEJANDRO. ¡No!

PIPIOLA. Sí, sí. Podrás darte el gusto de verla, si quieres.

ALEJANDRO. ¡Al contrario! Te agradezco el aviso. No me echará la vista encima. Y me alegro de que la casa tenga dos puertas.

PIPIOLA. *Con mal disimulado interés.* ¿Te ha escrito a Córdoba?

ALEJANDRO. Sólo un par de veces...

PIPIOLA. ¿Nada más?

ALEJANDRO. Nada más.

PIPIOLA. ¡Basta que tú lo digas!

ALEJANDRO. Mira, vamos a dejar esta conversación.

PIPIOLA. Yo no la he buscado.

ALEJANDRO. *Después de observar a Pipiola.* Pues sí, Juanita; la verdad: me ha escrito Nina varias veces.

PIPIOLA. No tienes que jurármelo. ¿Y te ha hablado alguna de ellas de mí?

ALEJANDRO. ¡No!

PIPIOLA. ¿Me desprecia? ¿Ni siquiera me agradece lo que hice por tu vida?...

ALEJANDRO. No; no es eso... Digo, yo no sé... *Intencionadamente.* Cuando más me ha escrito ha sido a última hora... con motivo de mis supuestos amores

con la hija menor de los Villasolanos: con Margarita.

PIPIOLA. *Inmutada.* ¿Ah, sí?

ALEJANDRO. *Sin dejar de observarla.* Sí... No hay nada cierto... es claro... No niego yo que rodando los días pueda haberlo... La muchacha es muy de mi gusto... Pero hasta ahora sólo se trata de una aproximación de las dos familias... Y la gente, que está deseando ocuparse siempre de los demás... Sólo que yo, en nada, y menos en eso, obedezco a impulsos extraños... Tú me conoces: me gusta ser dueño de mí: responder a mis reflexiones y a mi corazón... y no a los ajenos. No me dejo dominar por nada.

PIPIOLA. *Con sentimiento.* Por nada...

ALEJANDRO. Ni por nadie.

PIPIOLA. *Sin voz apenas.* Ni por nadie...

ALEJANDRO. Algunas veces pienso que yo tal vez no me case nunca.

PIPIOLA. *Un poco despechada.* Mira: así complacerás a tu amiga. No desea otra cosa. Y quizás tú, sin darte cuenta, y tan dueño como presumes ahora ser de ti, obedeces a ese deseo. ¡Bien hice en llamarla cometa! ¡Cómo influye en tu vida!

ALEJANDRO. *Bromeando.* ¿En mi vida, muchacha? ¡Pero qué seria te has puesto de pronto!

PIPIOLA. En tu vida, sí: te la pasas analizándote... y equivocándote.

ALEJANDRO. Analizándome... equivocándome... ¡Qué lenguaje! ¿Estoy hablando con Pipiola? ¿Es ésta Pipiola?

PIPIOLA. *Reprimiendo sus lágrimas.* Pipiola, sí.. que será flor de tierra humilde... pero te quiere mucho.

ALEJANDRO. *Levemente desconcertado.* Tonta, si ya lo sé... ¿A quién se lo dices? *Extremando el tono afectuoso.* Pero desecha tus temores, chiquilla... No can-

sará mi perdición esa mujer. Ya ves, me importa tanto... que me voy a París mañana.

PIPIOLA. ¿Que te vas a París?

ALEJANDRO. Mañana.

PIPIOLA. ¿Solo?

ALEJANDRO. ¡Qué disparate! Mis padres van conmigo.

PIPIOLA. ¿Y tal vez los Villasolanos?

ALEJANDRO. Creo que sí: que irán a pasar una temporada.

PIPIOLA. *Con gravedad.* Pronto nos dejas, hombre.

ALEJANDRO. ¡Pschè!...

PIPIOLA. ¡Con la ilusión con que yo te aguardaba!

ALEJANDRO. Y hacías bien. Tú no sabes cómo yo te quiero, Pipiola; qué índole de afecto me liga a ti... Yo lo desconocía. Creo que ha nacido para nosotros dos. No es ni cariño de hermano, ni amistad de amigo, ni amor de hombre, ni culto a lo que fué, ni gratitud reciente... Es un sentimiento singular que de todos esos participa, sin ser ninguno enteramente ni el conjunto de todos ellos... Lo he sentido llenarme el corazón después del sacrificio heroico que te llevó a mi alcoba de enfermo, Pipiola... Yo quisiera que tú lo comprendieses; que tú lo estimases en su esencia...

PIPIOLA. *Llorando para sus adentros.* Lo entiendo, señor duque, lo entiendo sin trabajo ninguno. ¡Es tan sencillo, con parecerte a ti tan extraordinario!... Yo también, por mi parte, me siento ligada a ti desde aquellos días por un afecto que no es el de siempre; por un sentimiento... nuevo también en mi corazón, que nada sabía de él hasta ahora, pero tan viejo como el mundo...

ALEJANDRO. ¿Qué?

PIPIOLA. Señor duquesito de Olmeda, voy a anunciarle a mi señora la marquesa María su llegada de usted.

ALEJANDRO. Pipiola, no seas niña: no me hables así... ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

PIPIOLA. Pues ¿cómo quieres que te hable?

ALEJANDRO. Como antes me has hablado; como siempre...

PIPIOLA. Pues te diré entonces lo mismo que al llegar te dije: que me pareces otro... otro... *Vase por la puerta del foro, ocultándo su emoción y sus lágrimas.*

ALEJANDRO. ¡Pipiola! *La va a seguir y se detiene contrariado y confuso.* ¡Dios me valga!... Debí temer esto; debí sospecharlo... debí prevenirlo, sobre todo... Se transparentaba en sus cartas este sentimiento... *Pasea desasosegado; se sienta; se levanta.* ¡Pobre criatura! ¡Qué ilusiones!... ¡Yo tengo más culpa que nadie!... ¿Y ha de ser a mí a quien deba su desencanto y sus lágrimas?... ¡Pobre Pipiola! No, no... volveré a hablar con ella... hablaré también con mi madrina... *Mirando hacia la puerta de la derecha.* ¿Quién? *Viendo a Nina, que aparece por ella en este momento.* ¡Ah! *Reprime un movimiento de disgusto.*

NINA. ¡Hombre! ¡Ya quiso Dios! *Ávidamente recorre la estancia con la vista.* ¿Estás solo?

ALEJANDRO. No.

NINA. ¿No?

ALEJANDRO. Hay una persona aquí junto.

NINA. Pues que se tape los oídos.

ALEJANDRO. ¡Condesa!

NINA. ¡Condesa!...

ALEJANDRO. Por Dios, Nina, sea usted prudente aquí.

NINA. ¡Sea usted prudente!... ¡Miren qué comedido y qué discreto ha salido de su enfermedad!

ALEJANDRO. Nunca fuí de otro modo. *Asómase inquieto a una y a otra puerta.* No hay por qué publicar lo que a ninguno de los dos nos honra.

NINA. Ni yo pretendo publicarlo. Pero si sueño con verte y hablarte hace tanto tiempo, y te hallo aquí, no hay consideración que me detenga. Ya ves cómo no he necesitado que me digas que pasas por Madrid para dar contigo.

ALEJANDRO. Ya, ya lo veo.

NINA. Era lógico pensar que aquí te hallaría.

ALEJANDRO. ¿Por qué era lógico?

NINA. ¿Habías tú, tan agradecido y tan caballeroso, de no venir primero que a nada a besarle las blancas manos a tu Santa Isabel?

ALEJANDRO. No quieras burlarte de quien merece la estimación y el cariño de todos.

NINA. ¡Ave María! ¡Qué cosa más extraordinaria! ¡Cuidar a un enfermo!... ¡Cualquier mujer hubiese hecho lo mismo!

ALEJANDRO. El caso es que quien lo hizo fué ella.

NINA. ¡Cien veces lo hubiera hecho yo, a no estar atada de pies y manos!

ALEJANDRO. Pues porque te sujetan esas ligaduras es por lo que debes callar. A lo menos aquí.

NINA. ¿Y quién me responde a mí de verte luego, si hace ya un año que me huyes?

ALEJANDRO. Hace ya un año que puse fin a esta loca aventura.

NINA. Que quisiste ponérselo.

ALEJANDRO. No; que se lo puse.

NINA. ¡Ca! ¡Te engañas! ¡Mientras yo viva, no! Es muy cómodo, Alejandro, querer dejar cuando conviene, o por cansancio o por hastío, lo que se persiguió como un sueño de dicha, y tachar ahora de criminal y deshonroso lo que entonces parecía lícito y disculpable. ¡No! ¡no!

ALEJANDRO. ¡Calla! ¿Es ocasión esta... es sitio este...?

NINA. ¡Para mí cualquier sitio es bueno! Y éste, quizás, mejor que ningún otro.

ALEJANDRO. ¿Por qué?

NINA. ¡Tú sabes por qué!

ALEJANDRO. ¡No delires!

NINA. Pues júrame que hemos de vernos antes de tu marcha a París.

ALEJANDRO. ¿Para qué?

NINA. ¿Para qué? ¡Después de esa pregunta, soy yo quien te jura que no te irás sin verme!

ALEJANDRO. Por Dios, Nina... estás fuera de ti... ¿Qué locura es esta?

NINA. *Conmoviéndose.* ¡La de una mujer que defiende la felicidad de su vida! ¡Ésa es esta locura!

ALEJANDRO. No llores, por Dios... cálmate... Va a venir Pepita... Cálmate.

NINA. Prométeme que nos veremos mañana.

ALEJANDRO. No.

NINA. Sí.

ALEJANDRO. ¿A qué repetir otra vez la misma escena?

NINA. No será la misma: será otra.

ALEJANDRO. En el fondo será la misma... ¡La renovación del mismo tormento!

NINA. ¡Aunque así sea!... ¡Necesito verte... estar contigo!... No seas implacable, Alejandro... Dame una hora para los dos.

ALEJANDRO. ¡Una hora arrastra muchas!

NINA. ¡Ojalá! Espera mi carta.

ALEJANDRO. *Conformándose.* Bueno, mujer, bueno.

NINA. ¿Irás donde te diga?

ALEJANDRO. Iré.

NINA. ¿Palabra de honor?

ALEJANDRO. *Con ironía.* ¡Palabra de honor!

NINA. Entonces...

ALEJANDRO. Silencio.

Vuelve por la puerta del foro Pipiola, quien al ver a Nina palidece. Nina, a su vez, no resiste con serenidad la presencia de la muchacha.

PIPIOLA. ¡Ah! Señora... *Dirigiendose a Alejandro.* Ahora sale la señora marquesa.

ALEJANDRO. Pues, mira, me vas a disculpar con ella, ¿sabes? *Coge los guantes y el sombrero.*

PIPIOLA. ¿Cómo?

NINA. ¿Se va usted?

PIPIOLA. ¿Te vas?

ALEJANDRO. Sí...

PIPIOLA. Viene en seguida.

ALEJANDRO. No obstante... me he detenido mucho... Dile que me perdone... que mañana volveré con más tiempo...

PIPIOLA. ¿Mañana? ¿No te ibas a París?

ALEJANDRO. Aunque así sea... Eso no quita... Dile también que tengo que hablarle largamente.

PIPIOLA. Va a sentir que te marches sin verla, Alejandro; va a enfadarse...

ALEJANDRO. Sé tú mi defensora.

PIPIOLA. Bien.

ALEJANDRO. Háblale de cuanto hemos hablado. Adiós; hasta mañana.

PIPIOLA. Hasta mañana.

ALEJANDRO. Adiós, condesa. A los pies de usted.

NINA. Adiós, Alejandro.

PIPIOLA. ¿Por dónde te vas?

ALEJANDRO. Por aquí... Saldré por el jardín. Conozco bien la casa. *Márchase por la biblioteca.*

Pipiola y Nina cruzan una mirada.

NINA. *A Pipiola, con impertinente sequedad.* Pues va de encargos. Dígale usted a la señora de parte mía, que me excuse de tomar esta tarde el te con ella; que ya le explicaré el motivo. *Le vuelve la espalda y se va por la puerta de la derecha.*

PIPIOLA. Bien, señora. Se lo diré con mucho gusto. *Asómase a la biblioteca llena de recelos.* Se marchan los dos... ¡Y yo que le agradecía que se fuera estando ella aquí!... ¿Se habrían citado en esta casa?... No; eso no...

Sale por la puerta del foro la marquesa.

MARQUESA. ¿Alejandro?

PIPIOLA. Acaba de marcharse, señora.

MARQUESA. ¿Qué oigo? ¿Sin verme?

PIPIOLA. Escuche usted. Me ha encargado que le diga a usted que lo perdone; que mañana volverá despacio.

MARQUESA. ¡Cosa más extraña!

PIPIOLA. Sospecho que le contrarió que lo hallara aquí la señora condesa.

MARQUESA. Pero ¿ha estado ya la condesa otra vez?

PIPIOLA. Y también desea que usted la disculpe. No puede tomar el te con la señora.

MARQUESA. ¡Oh!... ¿Qué es esto?... ¡Me abandonan todos como un trasto inútil!... ¿Ves de lo que siempre me quejo, Juanita? Ya no me quiere nadie; nadie... ¡Vamos, que irse ese tunante sin darme un abrazo!...

PIPIOLA. Mañana le ajusta usted las cuentas.

MARQUESA. Pero ¿tú crees que vuelve mañana?

PIPIOLA. ¿No ha de volver?

MARQUESA. No vuelve; no vuelve... Ya no me quiere nadie; nadie... Soy una estantigua... una momia... Ya no me quiere nadie...

PIPIOLA. Alguien la quiere a usted todavía.

MARQUESA. ¿Tú?

PIPIOLA. Yo.

MARQUESA. Por lo menos eres muy zalamera. Y mira tú lo que son las cosas: ahora casi celebro que nos hayan dejado solitos esos dos... *Bajando la voz*

con mucha gracia. ¡golfos!... Tal para cual. Él es un pica en todo... tú lo sabes, y ella... ¡ella es muy verde; mucho! Conque vamos a hablar tú y yo de lo que nos importa.

PIPIOLA. ¿De qué?

MARQUESA. De lo que nos importa. Siéntate, siéntate. No te hagas la disimulada, que esto no es ya para ti ninguna sorpresa. *Pipiola no acierta a velar la gran tristeza que inunda su alma.* ¿Qué cara es esa, niña? Alegra esa cara; no me pongas gesto de pésame. Y oye. Ya estoy de acuerdo con tu madre. Aquel muchacho a quien te presenté el otro día... *Pipiola baja los ojos llenos de lágrimas.* Pero qué, ¿lloras?... Sí; lloras... ¿Qué tienes, nena?

PIPIOLA. Señora marquesa... protectora mía... madre mía... yo voy a confesarme con usted.

MARQUESA. ¿Qué dices?

PIPIOLA. Yo necesito que usted sepa lo que me pasa. Pero no se incomode usted conmigo ni me riña: óigame primero.

MARQUESA. Me asustas, Juanita; me asustas.

PIPIOLA. No, no se asuste; lo que quiero es que no me riña, ni me tome por loca.

MARQUESA. A ver... dime; que ya estoy en ascuas.

PIPIOLA. Yo le agradezco a usted sus propósitos sobre mi porvenir, que tanto me hablan de su cariño...

MARQUESA. ¡Adiós! ¿Echaste el cerrojito famoso?

PIPIOLA. Óigame usted. Yo no olvidaré nunca su voluntad, su interés de madre; pero no puedo obedecerla.

MARQUESA. ¿Por qué?

PIPIOLA. Porque quiero a otro hombre.

MARQUESA. Ya. Nada me habías dicho hasta ahora.

PIPIOLA. Nada. Ni a nadie. Ni a él.

MARQUESA. Eso es más extraño. Pero, en fin, veamos... Muy importante es que a ti te guste; pero no lo es menos que te merezca, como el mío. ¿Lo conozco yo?

PIPIOLA. Sí, señora.

MARQUESA. ¿Quién es? *Pipiola calla.* ¿Quién es?

PIPIOLA. *Temblándole el rubor en las mejillas.* Alejandro.

MARQUESA. *Estupefacta.* ¿Mi ahijado?

PIPIOLA. Sí, señora.

MARQUESA. ¿El hijo de los duques de Olmeda?

PIPIOLA. Ése.

MARQUESA. Pero... pero... ¿pero tú has perdido el juicio, criatura?

PIPIOLA. Perdóneme usted.

La marquesa se levanta alterada, llena de contrariedad y disgusto.

MARQUESA. ¡Jesús, qué disparate! ¡En mi vida he oído otro disparate! ¡Vaya, vaya!... ¿Por qué no picaste más alto, hija mía? ¿Tú sabes quién es él? ¿Y tú sabes quién eres tú, infeliz? ¡Vaya! ¡Hasta los gatos quieren zapatos! Mi protección bondadosa te ha desvanecido... te ha llenado la cabeza de humo... Dale salida, niña; dale salida... Destapa esa chimenea, por el amor de Dios... ¡Jesús! ¡Jesús! No vuelvo de mi asombro... Ya, ya voy entendiendo todo tu heroísmo de curandera...

PIPIOLA. *Irguiéndose con dignidad.* Le suplico a usted que no piense eso.

MARQUESA. ¿Te escuece?

PIPIOLA. Me ofende, señora; que no es lo mismo.

MARQUESA. ¿Hola, la niña?

PIPIOLA. Temí todo esto, y empecé por suplicarle a usted que no me tomara por loca. Le ruego que me escuche hasta el fin.

MARQUESA. Bueno; te escucharé... no me opon-

go... Como el que oye un cuento de disparates... Tú sabes que me gustan... ¡Vaya, vaya!...

PIPIOLA. A la alcoba de Alejandro enfermo, me llevó el cariño de hermanos que desde niños había entre nosotros. Cuando todos huían de su cabecera, temerosos de contagiarse del mal que lo abrasaba, que era mal de muerte, acudí yo. No bastaron a contenerme ni ruegos de mi madre, ni reflexiones, ni amenazas, ni conveniencias. Sacrifiqué mi vida, mi pudor, mi fama de mujer honrada... ¡Pero mi hermano el señorito se moría! ¡Mi hermano! ¿Lo oye usted? ¡Mi hermano! Cuando se dió cuenta de que yo velaba al lado suyo, le oí murmurar: «Ya no me muero solo » Y me miró... como hubiera mirado a su madre, que estaba tan lejos.

MARQUESA. Sí, sí; si ya lo sé; si conozco toda la historia; si por ella te traje a mi casa; si yo soy la primera que se hace lenguas... Pero bien está, bien está ahí... Basta, basta... quieto el campanario. Lo mismo que tú hiciste, pudo hacerlo una hermana de la Caridad: Sor Juana de los Apóstoles, a quien yo mandé...

PIPIOLA. ¡No, señora!

MARQUESA. ¿Que no? ¡Qué amor propio!

PIPIOLA. Sor Juana de los Apóstoles habría obedecido exactamente, escrupulosamente los mandatos del médico: pero quitarle la fiebre a Alejandro, no con medicinas, sino con la fuerza del deseo de que viviera, sólo yo. Y no descansar, no dormir un instante, por el temor de que durante el sueño llegase la muerte, sólo yo.

MARQUESA. Hija mía, si vieras qué mal suena la alabanza de las propias acciones... ¿Ni qué tiene que ver todo eso con el amor de que me has hablado?

PIPIOLA. ¿No ha de tener que ver, señora, si ahí están sus raíces? Alejandro, más de una vez, volvien-

do los ojos llenos de gratitud hacia mí, me dijo: «Pipiola, eres mi hermana.» Pero hubo un día, señora marquesa, en que, acariciándome los cabellos con la mano, me dijo: «Pipiola, eres mi esposa.»

MARQUESA. ¡Su esposa!

PIPIOLA. Y me miró de un modo, que mientras yo viva tendré aquellos ojós delante. Así nació este amor. Desde entonces fuimos dos los enfermos; dos los que en la alcoba delirábamos. Una noche, en el insomnio de la calentura, me pidió un beso y se lo di. ¡Se lo di sin miedo a la muerte, que estaba en su boca!

MARQUESA. ¿Y qué? ¿Y qué? ¿En un beso pedido y dado con esa inconsciencia enfermiza te atreves a fundar tus quimeras?

PIPIOLA. ¿Mis quimeras?

MARQUESA. ¡Tus quimeras! Pues ¿cómo quieres que las llame?

PIPIOLA. *Rindiéndose momentáneamente, a pesar suyo.* ¡Ay! ¡Es verdad! ¡Mis quimeras! ¡Las ha llamado usted por su nombre! Él deliró unos días... y yo he seguido delirando después. Hoy lo he visto. Esta tarde lo he visto.

MARQUESA. ¡Claro!

PIPIOLA. Llegó Alejandro... ¡Mi alma lo esperaba con una fe!... Pero, ¡ay! su alegría al verme, ¡qué distinta de la de mi ilusión!

MARQUESA. Claro, claro... Y el muchacho ¿se ha dado cuenta de ello?...

PIPIOLA. Sí...

MARQUESA. Y, naturalmente, como es bueno y te quiere bien, se habrá marchado entristecido... habrá querido alejarse para que te serenes...

PIPIOLA. Quizás...

MARQUESA. ¡Qué drama más en tonto!

PIPIOLA. Pues, sin embargo, señora marquesa, al-

guna disculpa tengo yo; no todo es delirio en mi delirio. ¡Por algo alentaban hasta hoy mismo mis ilusiones! ¡Por algo vivía mi esperanza! Días pasados, cuando llegaron los señores duques, corrí al Palacio Viejo. A la meseta de la gran escalera salió risueña a recibirme la madre de Alejandro.

MARQUESA. La duquesa.

PIPIOLA. ¡La madre de Alejandro, señora! Subí de un vuelo, me abrió los brazos y me estrechó en ellos... «¡Hija!»—me dijo. Fué su única palabra.

MARQUESA. ¡Naturalmente!... ¡Hija!... Te llamó hija, una palabra familiar... de cariño... ¿Cuántas veces no te lo llamo yo? Y con lo pasado, y con lo que tú hiciste, que no hay que quitarle su mérito...

PIPIOLA. Pues si la madre apretándome contra su pecho me llama hija, y él en momentos de dolor y de angustia me llama esposa, ¿por qué no he de serlo?

MARQUESA. ¡Bah, bah, bah!... No te ciegues; no te despeñes otra vez. ¿No acabas de decirme tú misma que él está a cien leguas de todo esto?

PIPIOLA. Sí, señora... pero ¡qué sé yo!... ¡qué sé yo!... Él, acaso sin darse cuenta, se me acerca y huye... Él no ha sabido nunca ni adonde va ni lo que quiere... ¿Quién le asegura que lo que fué amistad no ha cambiado también en su pecho? Sólo que lo envuelven y lo acobardan tantas cosas... es tan de todos... Su casa, su nombre, su origen... mi propia humildad... ¡A saber lo que haría si dejara volar libre a su corazón!

MARQUESA. ¡Mira, Juanita, mira; lograrás que me indigne; que me enfade de veras contigo! ¿Qué idea tienes tú, desgraciada, de la sociedad en que vives? ¿Crees tú que no hay más que porque sí inventar un cuento de amor, y cátate a la hija de la lavandera casada con un grande de España? ¿Qué insensatez es esa? ¿Qué absurdo es ese?

PIPIOLA. ¡No lo sé! ¡Pero mayor insensatez y mayor absurdo se me figuran a mí esas bodas que concierta el azar o la conveniencia, en que falta el amor, y en que no hay más vínculos entre esposa y marido que la nobleza de la sangre o la igualdad de los dineros!

MARQUESA. ¡Juanita!

PIPIOLA. ¡Eso no es grave; eso no es espantoso! ¡Lo tremendo, lo inicuo es que yo, por ser yo, ponga los ojos en un hombre a quien quiero más que a mi vida! ¡Ni tampoco es horrible que haya una mujer casada siguiendo sus pasos, espiando su sombra, alejándolo de nuevos amores, animada por la perversa ilusión de hacerlo enteramente suyo algún día... así que muera quien lo estorba!

MARQUESA. ¡Calla!

PIPIOLA. ¡Hermoso cimiento para la felicidad de una vida!

MARQUESA. ¡Calla! ¡Te mando que calles!

PIPIOLA. ¡No, no! ¡La esposa de Alejandro Olmeda soy yo sola; yo sola! ¡Él me lo llamó cuando no oía más voces que las de su alma y su conciencia! ¡Yo haré que vuelva a oírlas!

MARQUESA. ¡Que calles, te mando!

PIPIOLA. ¡La dicha de ese hombre me pertenece! ¡Es mío! *Conmoviéndose.* ¡Ha querido Dios que nuestras vidas corran juntas!... ¡Si él fuera rey, yo subiría a su trono!... ¡Mi corazón tiene los secretos del suyo!... ¡Sola yo lo quiero... sólo a mi lado será dichoso!... ¡Ay de mí!... *Deshaciéndose en lágrimas.* Perdóneme usted ahora, señora marquesa... perdóneme usted... y luego arrójeme de su casa, si quiere... pero perdóneme... perdóneme... *Se echa en los brazos de la marquesa, que sin querer participa de la emoción de Pipiola.*

MARQUESA. Vamos, vamos... no seas inocente...

Don Félix asoma por la biblioteca con gran asombro y curiosidad.

DON FÉLIX. ¿Qué? ¿Qué es ello?

MARQUESA. Esta tontuela... esta niña... esta Pipiola... *La acaricia maternalmente.*

DON FÉLIX. Sí, sí... algo entreveo... algo me figuro... ¡Pues acaban de llegar por el jardín los padres de Alejandro!

PIPIOLA. ¡Jesús!

MARQUESA. ¡Los padres de Alejandro!... ¡Madre de Dios! ¡Y en este momento! No, no; yo no tengo ahora la cabeza para visitas... y menos para esa. Recíbelos tú, Pimentel. Luego iré yo, si acaso... Entretenlos hasta que yo me tranquilice... Diles... diles que estoy en el oratorio... No, no; diles que estoy durmiendo; mejor será, sí... diles que estoy durmiendo...

DON FÉLIX. ¿Y si me preguntan por ella?...

MARQUESA. *Acariciándola de nuevo.* Ah, si te preguntan por ella, diles... diles que está soñando.

Don Félix, enternecido, contempla a las dos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo, seis meses después, en el mes de mayo. Es por la tarde.

Don Félix hojea un periódico ilustrado, perezosamente. Sale de la biblioteca Manolita.

MANOLITA. Ya di con usted.

DON FÉLIX. ¿Me buscabas?

MANOLITA. Sí, señor. Quería saber la señora si estaba usted en casa o si había usted salido.

DON FÉLIX. Pues ve y dile que no he salido; pero que no estoy en casa tampoco.

MANOLITA. ¿Y eso?

DON FÉLIX. Porque en cuanto te veo, Manolita, me transporto a un país imaginario.

MANOLITA. ¡Vaya! Siempre con sus cosas, don Félix.

DON FÉLIX. Y tú con las tuyas, primavera. ¿Qué hay por fin del novio?

MANOLITA. Pues que nos arreglamos otra vez.

DON FÉLIX. Lo suponía. Me parece absurdo no arreglarse contigo. Y más aún a principios de mayo.

MANOLITA. Ahí viene la señora.

Sale por la puerta del foro la marquesa.

MARQUESA. De palique, ¿eh? Podía estar aguardándote.

DON FÉLIX. La he entretenido yo, Pepita.

MARQUESA. Ya, ya. *A la doncella.* Anda, anda,

vete; no lo encandiles más, que puede ser tu bisabuelo.

DON FÉLIX. ¡Pepita!

Se va Manolita sonriéndose.

MARQUESA. Le das conversación a una caña, con tal que tenga faldas.

DON FÉLIX. ¡Por que puede ser caña dulce!

MARQUESA. Calla, viejo verde. ¿Cuándo te vas a llegar por Juanita?

DON FÉLIX. Cuando venga el coche. Lo he citado a las cinco y media. Además, como esperamos a ese muchachito... a Marianito Aldaz...

MARQUESA. A ese muchachito yo lo recibiré. Tú, en cuanto llegue el coche, te largas por la niña. ¡Ay! Este golpe que me ha dado esa pícara me va a quitar del mundo. ¡Qué desengaño! ¡Con lo que yo la quiero!...

DON FÉLIX. Calma, calma, Pepita; calma... No hay que prejuzgar...

MARQUESA. ¿Prejuzgar? Juzgo de los hechos, de lo pasado... ¿Por qué se ha ido de aquí Pipiola? ¿No sabe el sitio que yo le había dado en mi corazón?

DON FÉLIX. ¡Y tanto!

MARQUESA. Pues ¿por qué se ha ido, encerrándose en un silencio absurdo y lastimándome de esta manera?

DON FÉLIX. Ella hablará al fin; pero si ella no habla, yo acertaré a deletrear su pensamiento. Tengo una clave muy segura.

MARQUESA. ¿Qué has de tener tú? Te las echas de que conoces a las mujeres... y siempre se han divertido contigo.

DON FÉLIX. Es posible. Quizás nadie conoce, y yo menos que nadie, a las mujeres de que se enamora; pero bien puede conocer a las que enamoran los demás. No es lo mismo estar en el escenario representando, que en las butacas con los gemelitos.

MARQUESA. Ello es que Pipiola, después de aquel delirio suyo, de aquella confesión de su amor imposible, desatinado, loco, habló conmigo resignada, serena, tranquila; convencida de su insensatez; arrepentida de su desvarío; y aquello pasó como una tormenta, como una mala hora.

DON FÉLIX. O pareció pasar.

MARQUESA. Pasó, pasó. No presumas de zahorí ni de lince, que gastas lente. Pasó, pasó.

DON FÉLIX. No lo discuto; pero es posible que haya dado la vuelta. ¿Por qué, si no, se fué Pipiola de esta casa al día siguiente de la fiesta en el Palacio Viejo, donde volvieron a encontrarse ella y Alejandro?

MARQUESA. No sé, no sé... Pero ¿quién podía imaginarse?... El otro, con novia, después de los meses de París; Juanita, desimpresionada ... Sin embargo, tú recordarás que yo dudé mucho antes de dejarla ir a la tal fiestecita...

DON FÉLIX. Peor hubiera sido impedírselo, dada la invitación de los duques, tan cariñosa, tan halagadora para ella...

MARQUESA. Eso me decidió. Hubiera sido quitarle un gusto, un placer muy grande, y hacerla pensar en lo que a ninguno debía pasarnos por la cabeza... ¡Qué disparate!

DON FÉLIX. Y no obstante, querida Pepita...

MARQUESA. ¿Qué sucedió aquella noche allí? ¿Qué pudo suceder? Tú dices que Juanita desapareció de los salones lo menos media hora...

DON FÉLIX. Lo menos. Y no logré saber dónde estuvo. Y cuidado que la busqué.

MARQUESA. ¿Y Alejandro, mientras...?

DON FÉLIX. Charlando con todas, menos con su novia. Esta es la verdad.

MARQUESA. Ay, ay, ay... *Pausa.* ¿Y no estaremos

desorientados, Pimentel, y vendrá de otro lado el viento? ¿Nos sacará de dudas la visita de Marianito Aldaz? ¡Si el cielo lo quisiera!...

DON FÉLIX. No lo creo yo así; pero tampoco me atrevo aún a asegurar nada. Y cuenta que ese chico se enamoró de ella de un modo fulminante. La carta que le ha dirigido a usted solicitando la entrevista, bien nos lo demuestra.

MARQUESA. Sí, sí... la carta es casi un explosivo. ¿Y tú lo conceptúas buen muchado, digno de...?

DON FÉLIX. Excelente. No es posible que no lo sea, siendo tan sincero y tan candoroso. Es de una vehemencia que hace reír.

MARQUESA. ¿Está enterado del humilde origen de Juanita? Porque, aun cuando los Garci-Alares no son de abolengo, de todas maneras...

DON FÉLIX. Tal vez no; tal vez no esté enterado... Ello dirá.

MARQUESA. ¡Ay, Señor! ¡Qué cosas!... ¡qué mundo más revuelto!...

Por la puerta del recibimiento sale un criado y anuncia:

CRIADO. El señor Aldaz, a quien aguarda la señora.

MARQUESA. Ahí lo tenemos ya. Que pase.

Se retira el criado.

DON FÉLIX. Es muy simpatiquillo; usted lo va a ver.

MARQUESA. ¿Y cómo anda de pelaje, de fachita?

DON FÉLIX. Bien, bien... Elegante, fino...

Se presenta Marianito Aldaz, joven que acredita con creces cuanto de él se ha dicho. Habla con mucho fuego, descubriendo siempre el fondo de su alma.

MARIANITO. Marquesa... *Le besa la mano.* ¡Cuánta amabilidad en recibirme!

MARQUESA. ¡Por Dios! Mucho gusto...

MARIANITO. Don Félix...

DON FÉLIX. Hola, Marianín. Siéntate.

MARQUESA. Siéntese a mi lado, amiguito.

La marquesa lo observa con curiosidad. Él está deseando destaparse; pero hay una pausa durante la cual busca inútilmente una frase acertada con que empezar la conversación.

MARIANITO. Hace una hermosa tarde... ¿Cómo no han salido ustedes a dar un paseo?

MARQUESA. Porque lo esperábamos a usted.

MARIANITO. Es verdad. Ya dije la primer tontería.

MARQUESA. No.

MARIANITO. Sí, sí, señora. Discúlpeme usted. Voy a decir muchas. Estoy emocionadísimo, turbado...

DON FÉLIX. Sosiégate, hombre.

MARIANITO. Eso quisiera yo.

DON FÉLIX. La marquesa es toda bondad... te oirá muy complacida... Yo los dejo a ustedes hablar. Hasta luego.

Vase por la puerta del foro.

MARIANITO. Adiós, don Félix. ¿Conoce usted, señora, el objeto de mi visita?...

MARQUESA. Algo, algo se me alcanza; algo me ha dicho Pimentel...

MARIANITO. Siempre tan amable. Bueno, pues... En cuatro palabras. Yo tuve el honor de contarme entre los invitados a la fiesta que hace quince días dieron los duques de Olmeda en el Palacio Viejo. Yo era feliz. Había concluído mi carrera de ingeniero una semana antes, y veía el mundo color de oro y rosa. ¡Por nadie me cambiaba! Sonreían dentro de mí la vida, la fortuna, la juventud, las ilusiones... Era feliz completamente. Y mire usted por dónde, de pronto, en medio del brillo, del esplendor de aquella fiesta inolvidable, surge a mis ojos una mujer desconocida, y todo mi ser se funde repentinamente en

esta idea: como no me quiera esa mujer, soy el hombre más desgraciado de este mundo.

MARQUESA. ¡Jesús María! ¡Qué cambio!

MARIANITO. Un cambio radical, marquesa; un cambio absoluto.

MARQUESA. ¿Y ese prodigio de mujer quién era: Pipiola?

MARIANITO. ¿Cómo?

MARQUESA. ¿Juanita? La llamamos familiarmente Pipiola.

MARIANITO. ¡Pipiola! Muy bonito nombre. Yo he de llamárselo también. Pues sí: era Pipiola.

MARQUESA. ¿Y se hizo usted presentar a ella?

MARIANITO. ¡Como que si no me hago presentar en seguida, me muero allí y doy el espectáculo! Me muero... me muero... No es una frase, no. Me acometió un temblor nervioso...

MARQUESA. ¿Y quién lo libró a usted de la muerte?

MARIANITO. ¿Qué?

MARQUESA. ¿Quién lo presentó a Pipiola?

MARIANITO. Alejandro. Se lo supliqué de rodillas. Alejandro, como usted sabrá, es amigo de Juanita desde la infancia...

MARQUESA. Sí, sí...

MARIANITO. ¡La tutea!

MARQUESA. ¡Claro!

MARIANITO. ¡Tutear a esa mujer! ¡Qué ventura! En lugar de decirle: «Siéntese usted, Juanita», decirle: «Juanita, siéntate.»

MARQUESA. ¡Je!

MARIANITO. ¿Es muy ridículo lo que he dicho?

MARQUESA. No, hijo; nada... Gracioso nada más.

MARIANITO. Pues bien: hablé con Pipiola; y si su presencia me había cautivado, sus palabras me pusieron grillos y cadenas. Pero ¡qué grillos! De su boca

no salían palabras, salían lucecitas... lucecitas blancas y de colores...

MARQUESA. ¡Qué entusiasmo!

MARIANITO. Hubo un momento en que a poco me echo a llorar, marquesa.

MARQUESA. ¿Sí? ¿Por qué?

MARIANITO. ¿Lo cuento?

MARQUESA. Cuéntalo, cuéntalo... Ya te he tuteado yo a ti; dispénsame.

MARIANITO. ¡Por Dios! ¡Si me alegro en el alma! Verá usted lo que me pasó. Me hablaba ella de que, cuando niña, frecuentaba el Palacio Viejo. Yo, incautamente, le pregunté si su madre y la duquesa eran muy amigas.

MARQUESA. ¡Oh! ¡Qué plancha!

MARIANITO. ¡Horrible! ¿Se ha hecho usted cargo ya? Entonces ella, con una sonrisa que era un pedacito de cielo, me declaró su pobre origen... Yo comprendí que había metido la pata, y solté en tres minutos todas las sandeces de un mes. No exagero. No daba pie con bola.

MARQUESA. ¡Je!

MARIANITO. Pretendí recordar las muchas mujeres históricas que habiendo nacido en cuna humilde conquistaron luego, por sus méritos y virtudes, tronos y aun altares, y no di más que con la Virgen María, que fué costurera.

MARQUESA. Buen ejemplo, bueno...

MARIANITO. En mi vida me he hecho un lío más espantoso. Una majadería tiraba de otra. Pretendí echarlo a broma, y le dije que nuestra madre Eva también fué una mujer modestísima, porque no tenía ni un mal refajo que ponerse... En resumen, que me desacredité para veinte minutos. Pero, por fortuna, con mi azoramiento le di pie a Juanita para que, entre lágrimas de íntimo orgullo, me contase su vida

toda. Y le juro a usted que, cuando la oí sentirse ufana de haber nacido en humildes pañales, me subieron lágrimas a los ojos; antes lo he dicho. Aquel rasgo la hacía dos veces admirable para mí. Me habló con pasión de su madre. Me refirió que la bondad de usted la tiene al presente con un tío suyo en una posesión de Salamanca, donde son mitad guardas y mitad administradores.

MARQUESA. Justo, justo.

MARIANITO. Seguimos charlando de su cuna, de su transformación, de su mérito... Animado por su elocuencia comunicativa, le dije entonces lo único de que me quedé satisfecho, porque le descubría lo mejor de mi alma. Le dije que conocía a muchos caballeros que esconden su ascendencia, como pesarosos de venir de muy bajo, los cuales no saben, por lo visto, que el origen de casi todas las aristocracias está en el pueblo. Esto, marquesa, ha llegado a ser en mí una manía. De familia aristocrática soy. Mi hermano Julio, el primogénito, indaga y estudia constantemente, con el afán de hallar en nuestro árbol abuelos magníficos; yo, en cambio, me complazco de cuando en cuando en topar con alguno que en sus tiempos labró la tierra.

MARQUESA. ¿Y así se lo dijiste a Juanita?

MARIANITO. Poco más o menos, así. ¿Le parece a usted bien?

MARQUESA. Para dicho a ella, discretísimo.

MARIANITO. Le hizo mucho efecto, y me miró de un modo particular. Por si acaso era lo que yo quería, me atreví a aludirle al tema que más me preocupaba, al de los amores — ¡se me antojaba inverosímil que tan linda mujer no fuese amada ya! — y me arrojé luego a preguntarle concretamente, casi por señas, porque la voz no me respondía, si tenía novio. Respiré tranquilo cuando me contestó que no. Aquella

noche no dormí; soñé despierto. A la mañana siguiente la vi cruzar como una mariposa por entre las flores de este jardín. Después... no he vuelto a verla. ¿Dónde está?

MARQUESA. Acabó tu cuento y entra el mío. ¡Dónde está! A saber si tú la embrujaste. Porque ello es que, horas después de esa mañana en que la viste en el jardín, me anunció su determinación de dejar mi casa, y la llevó a efecto. Le pedí razones, y no me las dió. Le lloré... y nada consiguió mi llanto. Me dejó... se fué... se fué la ingrata.

MARIANITO. Pero ¿adónde?

MARQUESA. Lo más extravagante; lo más raro. Como su madre no está aquí, se fué a casa de un carcamal a quien ella socorrió en malos días, y que ahora ha heredado unos cuartitos.

MARIANITO. ¡Cosa más extraña!

MARQUESA. Todo es singular en esa criatura.

MARIANITO. Me he quedado sin pulso, marquesa.

MARQUESA. Recóbrate. Tú comprenderás que yo no dejó así las cosas, niño. Pipiola es ya algo mío; más de lo que ella misma pueda pensar; ¡esta casa la ha dejado vacía!... Tengo derecho a inquirir en su vida, a vigilar sus pasos, a velar por ella... Tengo, además, afán de hacerlo, porque mi viejo corazón la necesita... La necesita, la necesita...

MARIANITO. ¿Y va usted a hablarle?

MARQUESA. Luego; dentro de un rato. Félix irá a buscarla de orden mía. Ya ella está conforme en venir.

MARIANITO. ¡Qué suerte! ¿Y podré yo verla?

MARQUESA. Tú, mejor mañana. Así que yo la entere... así que le arranque el secreto de esta descabellada resolución... y así que logre disuadirla de ella. Mira, vente a almorzar mañana aquí.

MARIANITO. ¡Marquesa!

MARQUESA. ¿Qué?

MARIANITO. ¿Cómo pagarle a usted lo que hace conmigo?

MARQUESA. ¿Cómo? Muy sencillo; muy fácil. Conquistándome a Pipiola para ese amor tuyo, tan simpático.

MARIANITO. ¡Ay, marquesa! ¡Qué más quisiera yo que pagarle así! ¡Vaya un sacrificio!

MARQUESA. Te voy a enseñar una cosa.

MARIANITO. ¿Qué?

MARQUESA. *Mostrándole una pequeña fotografía que hay sobre la mesa en un marquito.* Fíjate. ¿La conoces?

MARIANITO. ¿Es ella? ¿Es Juanita?

MARQUESA. De tres años. Su madre me lo regaló.

MARIANITO. ¡Está graciosísima! ¡Qué graciosa está! ¡Caramba! ¡Le iba a dar un beso!

MARQUESA. ¡Dáselo!... A esa edad...

MARIANITO. Sí; pero...

MARQUESA. Pero ¿qué?

MARIANITO. Nada. Iba a decir la tontería mayor de la tarde. ¡Está saladísima en el retrato! *Lo deja.* Y no molesto más. Hasta mañana entonces, ¿no?

MARQUESA. Sí; hasta mañana.

MARIANITO. ¿A la una?

MARQUESA. A la una y media.

MARIANITO. ¡La voy a venerar a usted!

Vuelve don Félix por donde se marchó.

DON FÉLIX. Pepita.

MARQUESA. ¿Todavía estás aquí?

DON FÉLIX. Sí; aun no es la hora. La Valdelara la aguarda a usted en la galería.

MARQUESA. ¿La Valdelara? Voy a verla. Despide tú a este enamorado galán. ¡Je! Hasta mañana, don... don Romeo.

MARIANITO. Hasta mañana. ¡Obligadísimo!

Se va la marquesa por la puerta del foro.

DON FÉLIX. Vuelves mañana, ¿eh?

MARIANITO. Sí, señor; ¡a almorzar!

DON FÉLIX. ¿Hola?

MARIANITO. ¡No probaré bocado! Los nervios... ¿Chaqué o americana?

DON FÉLIX. Americana, americana...

MARIANITO. ¿Estará ella?

DON FÉLIX. Eso no ha nacido profeta que lo profetice.

MARIANITO. Y usted que tanto la conoce, ¿qué me augura? No me mire usted con esos ojos, don Félix.

DON FÉLIX. ¡Ay, Marianín! El corazón late en nuestro pecho para sonar en otro...

MARIANITO. ¡Gran verdad!

DON FÉLIX. Pero pocas veces logra oírse.

MARIANITO. ¿Por qué lo dice usted? ¡Ese pesimismo me aniquila! ¡me desploma!

DON FÉLIX. No seas tan vehemente.

MARIANITO. ¿Tengo algún rival? ¿Sabe usted si la quiere otro hombre?...

DON FÉLIX. Sospecho de uno.

MARIANITO. ¡Maldita sea mi estampa! ¡La suya!

DON FÉLIX. Mañana te diré algo más preciso durante el almuerzo.

MARIANITO. ¿Va usted a adquirir datos hoy mismo?...

DON FÉLIX. Tal vez.

MARIANITO. ¿Cómo?

DON FÉLIX. Sin preguntarle nada a nadie; porque, en amor, todo el mundo miente. ¡Pero no pongas esa cara, chiquillo! ¡A tus años!... ¿Quién dijo rival? ¿Es cobarde? ¡Se le asusta! ¿Es superior? ¡Se le vence! ¿Es preferido? ¡Se le mata! ¡Pues hombre!

MARIANITO. ¡Bravo, don Félix, bravo! ¡Se le mata! Me retiro con esta agradable impresión.

Llega por la puerta de la derecha Alejandro. La presencia de Marianito Aldaz le contraría. Pimentel lo observa.

DON FÉLIX. ¡Caray! ¡Alejandro!

MARIANITO. ¡Alejandro!

ALEJANDRO. Hola, Aldaz. Felices, don Félix. *A Marianito.* ¿Usted por esta casa?

MARIANITO. ¿No le aseguré a usted aquella noche — ¡aquella noche: no hay más noche que aquella! — ¿no le aseguré a usted que mi vida era ya una idea fija? ¡Pues *voilà!*

ALEJANDRO. Sí, es cierto... sí... ¿Y la marquesa?

DON FÉLIX. En la galería con la Valdelara.

ALEJANDRO. ¿Con la Valdelara?

DON FÉLIX. ¿Te sorprende?

ALEJANDRO. No.

DON FÉLIX. Ha venido por noticias de no sé qué médico...

ALEJANDRO. Ah, sí; que el conde está delicaducho...

MARIANITO. Adiós, Alejandro. Ya me iba...

ALEJANDRO. Adiós.

MARIANITO. Don Félix...

DON FÉLIX. Te acompaño; anda.

MARIANITO. ¡De ninguna manera!

DON FÉLIX. Anda, anda. Obediencia es cortesía, Marianín.

MARIANITO. A ver si me averigua usted eso.

DON FÉLIX. Casi seguro estoy.

MARIANITO. ¡Un diluvio de detalles para mañana!

Se marchan juntos por la puerta de la derecha. Queda Alejandro solo unos instantes. Pasea en silencio. Luego exclama:

ALEJANDRO. Pero ¿habrá sido capaz ese majadero...? *A don Félix, el cual vuelve dispuesto a descubrir*

astutamente la verdad de todo lo que piensa sobre Pipiola y Alejandro. Oiga usted, Pimentel, ¿a qué ha venido Marianito?

DON FÉLIX. Ya puedes figurártelo, después de los extremos de la otra noche... ¡de aquella noche!... ¡No hay más noche que aquella!

ALEJANDRO. ¡Majadero!

DON FÉLIX. No, no creas... no tan majadero. ¿Te lo parece a ti?

ALEJANDRO. ¡Se ha empeñado en hacernos creer que siente una pasión volcánica por Pipiola! ¡Y la ha visto una noche!

DON FÉLIX. ¿Qué oigo, Alejandro? Para enamorarse de Pipiola o de cualquier mujer, ¿no basta un segundo? ¿no basta la luz de un relámpago?

ALEJANDRO. Eso, a los poetas. Y no creo yo que Marianito...

DON FÉLIX. El amor transforma, tú lo sabes. De un tonto hace un discreto... de un discreto hace un tonto... Sobre que yo no conceptúo a ese muchacho nada tonto. Ingenuo, sencillo, candoroso, infantil, si me apuras; pero tonto, no. Y tu madrina piensa lo mismo.

ALEJANDRO. ¿Si, eh?

DON FÉLIX. A tal punto, que en su chochera por Pipiola — porque chochera es, no lo dudes — la veo muy dispuesta a tenderle una mano y a protegerlo.

ALEJANDRO. ¡Psché!... Tiene la chifladura de los matrimonios...

DON FÉLIX. Pero, en último caso, Alejandro, aunque Marianín valiera menos de lo que vale, ¿no será siempre un premio de la lotería para Juanita? Veamos las cosas como son: no nos ofusquemos porque a la marquesa se le haya metido Juanita en el alma. ¡Medrados estaríamos!

ALEJANDRO. Mire usted, sin que yo comparta esas debilidades de mi madrina, sé bien lo que vale Aldaz y lo que vale Pipiola. Dejo a un lado las diferencias de posición social y de clase.

DON FÉLIX. ¡Friolera! ¡Eso no se puede dejar a un lado, muchacho!

ALEJANDRO. Para comparar imparcialmente, sí, señor. Pipiola es mujer de muy superior jerarquía moral que Marianito. No verlo, es negar la evidencia.

DON FÉLIX. Pero, de todos modos, insensato, y aun pasando esa hipótesis, ¿no es bastante compensación para ella la superior jerarquía social de quien la pretende?

ALEJANDRO. Yo no me refiero sino a las almas.

DON FÉLIX. Único modo de tener alguna razón... en apariencia.

ALEJANDRO. Ha cambiado usted mucho en su juicio sobre Pipiola.

DON FÉLIX. Te engañas. Ni un ochavo moruno he cambiado. Distingamos, tú. Yo lo que no hago es confundir los términos. En el terreno del madrigal seré siempre un vasallo rendido, porque el madrigal es vapor de poesía, se disipa irisado en el aire, a nada compromete... pero en la realidad de la vida, ante hechos graves, de peligrosa trascendencia, hay que hacer acopio de juicio, Alejandro. Pipiola no es más que una muñeca de bazar que ha tenido suerte.

ALEJANDRO. ¡Alto allá!

DON FÉLIX. Lo que oyes: una muñeca que ha tenido suerte; que en vez de caer en una casa pobre y en manos de chiquillos traviesos que le sacaran el serrín de las tripas, ha caído aquí, donde se la ha afinado y pulido un poco, y donde se le han puesto vestiditos de seda y zapatitos de terciopelo y de raso.

ALEJANDRO. Don Félix; amigo Pimentel; aunque me dobla o me triplica usted la edad...

DON FÉLIX. ¡Hombre, hombre!

ALEJANDRO. ¿No quiere usted que nos pongamos en la realidad de las cosas? Aunque me triplica usted la edad, en este momento no me engaña; no consigue engañarme.

DON FÉLIX. Ni lo pretendo, nene.

ALEJANDRO. Sí, señor. Su intención no sé cuál será, por más que tal vez la vislumbro; pero usted no es sincero al hablar así de Pipiola.

DON FÉLIX. ¡Absolutamente sincero!

ALEJANDRO. ¿Cómo ha de serlo usted, si estoy cansado de escucharle los más apasionados elogios?

DON FÉLIX. El madrigal tiene sus fueros, ya lo he dicho.

ALEJANDRO. Déjeme usted de tonterías. Y sea cualquiera la intención de usted, yo no vacilo en afirmarle una y cien veces todo lo que pienso de esa criatura. La suerte de ella no es accidental, sino fundamental y rara en el mundo: es la suerte de haber nacido bella, inteligente, buena, generosa, abnegada, noble, firme, tenaz, con una voluntad que yo envidio... y con un atractivo poderoso que, como usted en una ocasión me decía, a la vez es imán y es luz.

DON FÉLIX. ¿Yo te he dicho eso?

ALEJANDRO. Y no se me ha olvidado. Pipiola, como las reinas, es quien es por la gracia de Dios. Por esta gracia sobresale dondequiera que va. La otra noche, en mi casa, ¿quién lució más que ella?

DON FÉLIX. ¡Cristo Padre! ¡Si te oyera tu novia!

ALEJANDRO. No me oye. Escuche usted. Me refirió un paso que me pintó de nuevo su espiritualidad y su gracia. Y cuidado que el hecho no puede

ser cosa más simple. Bien es verdad que los hechos son según quien los realiza.

DON FÉLIX. Y según quien los ve.

ALEJANDRO. No sé si advertiría usted aquella noche que Juanita desapareció de los salones un rato largo.

DON FÉLIX. ¿No lo había de advertir? ¡Como todo el mundo! Y aun hubo quien notó que su *eclipse* coincidió casualmente con otro de Marianín Aldaz.

ALEJANDRO. ¡No, señor; no hubo tal coincidencia!

DON FÉLIX. Chico, a mí así me lo han dicho.

ALEJANDRO. ¡Pues ha mentido quien lo haya dicho así!

DON FÉLIX. ¿Te molestas?

ALEJANDRO. Me enfadan las ligerezas de la gente. Entérese usted de la desaparición de Pipiola. Se ahogaba en los salones. Luchaba entre la expectación que causó su presencia — con mayor o menor disimulo se clavaron en ella todas las miradas femeninas, — y la emoción suprema de hallarse en mi casa, en el Palacio Viejo, de modo tan distinto que en su niñez. Ella misma me lo contó, ya digo. La abrasaba el calor, la trastornaban los halagos, la conmovían los recuerdos, la aturdía la charla... Sintió un vivísimo deseo de soledad y se deslizó por la galería. Al verse sola, la acometió una comezón invencible de recorrer todo el palacio en que jugó conmigo de niña, en que después me salvó de la muerte. Y dicho y hecho. Como una sonámbula, riendo y llorando, anduvo por la planta baja — los patios, los salones, el comedor, los lavaderos... ¡Qué evocaciones, qué memorias!... ¿Comprende usted? Vagó por el jardín un poco... Estaba embelesada. Luego se metió en el cuarto oscuro con que nos amenazaban de niños mis padres. Se rió entre sus sombras, considerándose castigada en aquel momento. Subió a la capilla; rezó...

Y asegura que al pasar de vuelta de su correría por la sala grande de los retratos, uno de mis abuelos, el que más miedo le daba cuando niña, le preguntó sorprendido de su atavío: «¡Pipiola! ¿eres tú?»

DON FÉLIX. ¿Le habló el retrato?

ALEJANDRO. Eso afirma ella con adorable acento de fe. Con que dígame usted ahora si una mujer vulgar, del montón, es capaz de sentir aquel fuerte impulso de heroína novelesca, y de llevar a cabo una aventura — ¿cómo lo diré yo para que usted me entienda del todo? — una aventura tan silenciosa, tan sentimental, tan... romántica...

DON FÉLIX. *Tras de mirarlo maliciosamente.* Bueno, pues yo no soy tu abuelo, ni tú eres Pipiola; pero parodio la pregunta de tu abuelo: «¡Alejandro! ¿eres tú?»

ALEJANDRO. Y eso ¿qué significa?

DON FÉLIX. Que no te conozco. Tú, el hombre de una palomita por trimestre...

ALEJANDRO. ¿Adónde va usted a parar?

DON FÉLIX. A ninguna parte. Por mi desgracia, ya no voy a ninguna parte. Pero te veo desatentado con Pipiola, y no concibo cómo no tomas el primer tren y te la llevas a París una temporada.

ALEJANDRO. ¿Qué?

DON FÉLIX. ¡O a Roma o a Sevilla! ¡Si vieras tú lo que se arrepiente uno luego de no haber aprovechado ciertas gangas!

ALEJANDRO. ¿Qué? ¿Y a un hombre que es capaz de ofenderme con tamaña bellaquería he pretendido yo hablarle al alma?... *Indignado.* Señor don Félix Pimentel, es usted un miserable y un mamarracho.

DON FÉLIX. Un mamarracho y un miserable... que se ha enterado, quizás a costa de parecerlo, de lo que se quería enterar.

ALEJANDRO. ¿Y de qué se quería usted enterar?

DON FÉLIX. De lo que me he enterado.

Asoma el criado en la puerta de la derecha y se retira luego.

CRIADO. El coche, señor.

DON FÉLIX. ¡Ah! El coche. Llega oportunamente. Vamos por la niña.

ALEJANDRO. ¿Por quién?

DON FÉLIX. Por Pipiola, hombre: no te hagas de nuevas, que lo sabes.

ALEJANDRO. ¿Yo?

DON FÉLIX. Tú. A ver si al fin quiere confesarnos la criaturita por qué se marchó de esta casa, y por qué se obstina en dejarla definitivamente. ¡A ver! Hasta ahora.

ALEJANDRO. Yo me habré marchado cuando usted vuelva.

DON FÉLIX. ¿A que no?

Vase por la puerta de la derecha. Alejandro, ensimismado, lo ve irse. Luego pasea los ojos por la estancia, distraído. Al cabo se deja caer con abandono en una butaca.

ALEJANDRO. *Concretando todo su sentir.* ¡Qué angustia la de un pensamiento vacilante! *Queda abstraído.*

Por la puerta del foro sale Nina, en dirección a la de la derecha. Al reparar en Alejandro se detiene sorprendida y confusa. Alejandro la mira sin verla.

NINA. ¿Eh? Soy yo.

ALEJANDRO. *Levantándose.* Ah, Nina. Perdóname.

NINA. ¿No me habías conocido?

ALEJANDRO. Sí. Sino que estaba en otro mundo.

NINA. Y yo bien ajena a que había de encontrarte aquí. Me marchaba... Pero no extraño que me hayas desconocido... ¡Si yo misma no me conozco! Soy otra.

ALEJANDRO. No lo creas; mírate al espejo.

NINA. Por fuera, acaso... ¡Ay! No se somete al corazón al tormento a que yo he sometido al mío, para seguir siendo la misma.

ALEJANDRO. Es verdad. Por dicha para ti y para mí, mis palabras de despedida tuvieron eficacia.

NINA. Tus palabras no; tu conducta. Y luego, mi conciencia.

ALEJANDRO. ¡Pero a qué alegría más serena y más honda nos trae siempre todo sacrificio!

NINA. ¿Dónde has leído eso?

ALEJANDRO. En mi vida.

NINA. ¿En tu vida, Alejandro? ¿Qué has sacrificado en la vida tú? No te engañes.

ALEJANDRO. Ni tú me juzgues tan frívolo, Nina. ¿Crees que renunciar a tu amor no me ha costado a mí amargura, violencia?

NINA. No finjas, hombre. Mi amor para ti no fué sino un capricho, un pasatiempo. Pero, aunque quieras desentenderte, tendrás mientras vivas el remordimiento de haberme hecho caer. Esa malsana complacencia me queda en mi abandono. Y ahora me dices...

ALEJANDRO. Ahora te digo lo mismo que te dije al partir, cuando nos separamos, cuando pusimos fin a nuestra demencia: que cada día me torturaba más, me hería más vivamente, la ofensa continua, solapada, traidora, al noble amigo que me abría confiado sus brazos y su casa. Mucho podían en mi corazón tu belleza, el cariño tuyo, la ilusión con que a ti me acercaba, las horas de crimen inolvidables, sabrosas y amargas a la vez, aunque únicas... pero, créeme, Nina, al cabo triunfó de todo esta verdad: la de que no he nacido yo para echar cieno en la honra de nadie.

NINA. ¡Oh! ¡Qué delicadeza en el hastío!

ALEJANDRO. ¡En el hastío, no!

NINA. Llámalo como quieras. Eso mismo, conseguido antes de obligarme a pecar, habría podido yo tomarlo por el sacrificio de que antes hablabas... pero, después, subleva el escucharlo. Es inicuo; es de un cinismo sin disculpa.

ALEJANDRO. Todos los delitos de amor la tienen. Y ciego de amor me acerqué yo a ti.

NINA. ¡Qué lástima! ¡Se te cayó la venda cuando te hastiaste!... Y entonces te entraron los escrúpulos, y oíste la voz de tu deber. Un poco tardía. ¡Necia de mí, que caí en tus redes, y ofendí, por un amor mentido, al hombre a quien le di mi mano de esposa! Tú me acechabas dondequiera; en tus ojos tropezaban incesantemente los míos; tú me alucinaste con razonamientos de una moral de circunstancias; tú invocabas a cada duda mía los fueros del amor infinito y libre, abogando siempre por el amor y jamás por el deber ni por la honra; tú te mofabas torpemente de la vejez que ahora quieres poner sobre tu cabeza... Pero, en fin, pasó; pasó ya. Perdona el último chispazo, Alejandro. Hablemos de otra cosa.

ALEJANDRO. Eres muy injusta conmigo; el amor que me arrastró a ti no fué nunca una farsa; como no lo han sido tampoco mis remordimientos de más tarde.

NINA. Que por lo visto son más poderosos que el amor, cuando lo han vencido.

ALEJANDRO. Lo que quieras. Al fin ha de ser lo que quieras...

NINA. ¡Qué seguro estás ya de que no he de querer lo que tú no quieres!... Bien me conoces. Y si he vuelto sobre lo pasado, advierte que ha sido por casualidad, por este fortuito encuentro aquí... He venido a esta casa a algo muy distinto que a verte. Por cierto que, ya que te he hallado, tú quizás puedas informarme de lo que no ha podido la marquesa.

ALEJANDRO. Di.

NINA. ¿Sabes si está en Madrid Salas Beltrán?

ALEJANDRO. ¿El médico?

NINA. Sí.

ALEJANDRO. Me parece que está en Granada. Creo que lo han llamado a una consulta.

NINA. ¿Volverá pronto, entonces?

ALEJANDRO. Seguro; tiene muchos quehaceres en Madrid: el hospital, la cátedra, las visitas... ¿Deseas verlo?

NINA. Sí. El médico de casa no acierta... Y yo, día por día, noto que aquel hombre se postra y se abate... *Silencio.* ¡Ay, Alejandro! ¡Qué anhelo tan distinto el que palpitaba hace un año en el último rincón de mi conciencia!... Dios me perdone. *Con miedo de su propio recuerdo.* Porque tú lo sabes, sin que lo hayamos hablado nunca: a los dos nos estorbaba su vida, y yo deseaba... deseaba... ¡Qué crimen! Y cuando he visto que acecha de cerca la muerte, he sentido tan gran horror de aquel deseo... que he llegado a ofrecerle a Dios mi vida por la suya. Mi expiación y mi deber están ahora en salvarlo... La traición se ha vuelto sacrificio.

ALEJANDRO. No te atormentes más... tranquilízate. Eres muy buena, Nina.

NINA. En algunos momentos me mira de un modo que me estremece. Y aterrada ante sus ojos yo, me pregunto entonces: ¡Dios mío! ¿lo sabe?

ALEJANDRO. ¿Lo sabe?

NINA. Esa es mi cruel incertidumbre. Ya ves si soy otra. Compara esta duda angustiosa con aquel cinismo que a ti te maravillaba, con aquella audacia de hielo para hacerle ver lo negro blanco, prevalida de su ciega confianza en mi bondad... ¡Oh! ¡qué espanto! Si con mi amor de ahora no logro alejar de su espíritu la menor sospecha, merezco el infierno.

ALEJANDRO. ¡Ay, Nina! ¡Qué difícil es ser dichoso!

NINA. ¡Quién lo dice!

ALEJANDRO. Uno que no lo es.

NINA. ¿Tú, joven, independiente, rico, mimado por la suerte, gustando las primeras mieles de un amor nuevo?... *A un gesto de él.* ¿Qué te pasa? ¿Te contraría que te hable de tu novia? Sí que dicen que no la atiendes mucho... ¿Hay ya desavenencias? Pronto es...

ALEJANDRO. ¡Cómo te gozas en herirme!

NINA. No lo creas. Si te hiero, será porque no sea verdad lo que supongo; no porque haya estado en mi ánimo. Te quiero bien, a pesar de todo. ¿No eres feliz, me has dicho?

ALEJANDRO. No lo soy.

NINA. ¿No te gusta tu novia? ¿No la quieres?

ALEJANDRO. No.

NINA. ¡Tan linda muchacha!

ALEJANDRO. ¡Oh! Muy linda, sí; para que la copie un pintor entre gasas, plumas y encajes; para que un escultor haga de ella la más divina estatua, y cuadro y escultura vayan a un museo universal, en donde los hombre venideros puedan decir a una, admirando tan completa belleza: «Así fué una mujer que no tuvo alma.»

NINA. *Melancólicamente.* ¡No tiene alma!...

ALEJANDRO. ¡No la tiene!

NINA. ¡Envidiable mujer!

ALEJANDRO. Ni más pensamiento que encontrarse hermosa y recrearse en sí misma; ni más ideal que el de llevar siempre sombreros y vestidos que no lleven otras. Un lazo, un broche que le copie una amiga, es para ella un agravio de muerte. No sé, no sé cómo he podido decirle nunca que la quiero.

NINA. Porque en la fuga no sabe uno donde se

mete; se tropieza, se cae... Y tú ibas huyendo cuando te encontraste a esa mujer.

ALEJANDRO. ¿Huyendo?

NINA. Huyendo.

ALEJANDRO. ¿De ti no sería?

NINA. De mí no tanto como de Pipiola.

ALEJANDRO. ¿De Pipiola? ¿Qué dices?

NINA. La verdad.

ALEJANDRO. No, Nina, no; yo en Pipiola no he pensado nunca.

NINA. Tú no piensas más que en Pipiola.

ALEJANDRO. No me atribuyas a mí tus pensamientos.

NINA. Si fueron míos alguna vez fué porque advertí que eran tuyos, y teníamos que compartirlos.

ALEJANDRO. Estas y otras cosas dieron ocasión a que la infeliz se forjara ilusiones.

NINA. Estas y otras cosas nacieron porque tú le hiciste soñar con lo que vas a darle al cabo.

ALEJANDRO. ¡Qué delirio!

NINA. El tuyo, si aun te obstinas en engañarte. Pipiola es tu amor; Pipiola es la obsesión de tu vida; Pipiola es tu alegría y tu tormento. Porque luchas con lo que tienes que luchar; porque Pipiola ha sido en tu casa lo que ha sido. Pero eso se lima, eso se desvanece, eso se acaba... En el mundo hay ya ideas para defender hasta lo indefendible... ¡Cuanto y más lo que trae de su mano el amor! Eres suyo, eres suyo; eres de Pipiola; ¡es ella quien te me ha robado! ¡Tú le darás tu corazón! ¡Ojalá fuese yo Pipiola!

ALEJANDRO. ¡Nina!

NINA. No te acerques; déjame. Respeta estas cenizas. Yo ya no soy sino una mujer resignada. *Llora.*

ALEJANDRO. *Exaltándose.* ¡Yo, en cambio, soy un hombre que no se sabe resignar! Si me oigo, no me

quiero oír; si callo, el corazón me grita. ¡Reniego de ser cobarde, y lo soy!

NINA. Esa es la venganza de mi amor muerto. ¡Inocente venganza! Estás enamorado... y sufres.

Alejandro baja los ojos en silencio.

Se oye hablar dentro a Pipiola y a don Félix.

ALEJANDRO. ¿Quién?

NINA. Ella. ¿No conoces la voz?

ALEJANDRO. Pues adiós, Nina.

NINA. ¿Te vas?

ALEJANDRO. Sí.

NINA. ¿No quieres verla?

ALEJANDRO. No.

NINA. ¿Ves cómo te engañas?

ALEJANDRO. Ni le digas que me has hallado aquí.

NINA. Vete tranquilo, hombre. Adiós.

ALEJANDRO. Adiós. *Turbadísimo, se entra en la biblioteca.*

Nina lo ve ir, se rehace luego, y se encamina a la puerta de la derecha a tiempo que llegan Pipiola y don Félix. Pipiola viste con su modestia habitual, pero viene de sombrerito.

NINA. ¡Oh! Juanita...

PIPIOLA. Condesa...

NINA. Me alegro de verla.

PIPIOLA. Mil gracias. Yo también celebro...

NINA. Sé a lo que viene usted. He hablado con la marquesa. *Velada la voz por la emoción.* Quédese usted en esta casa, donde la quieren mucho. ¡Ay!... ¡Quién estuviera en su lugar!... Adiós.

PIPIOLA. Adiós.

NINA. Adiós, Pimentel.

DON FÉLIX. Pero ¿ha llorado usted, condesa?

NINA. *Ocultando el rostro.* No...

Vase. Pimentel la sigue.

PIPIOLA. *Impresionada por las palabras de Nina.*

¿Por qué me ha dicho que querría hallarse en mi lugar?... Sí, sí; mi amor no me engaña. Yo tengo razón contra todos.

Vuelve don Félix.

DON FÉLIX. ¿Qué ceño es ese, señorita? Ni que te hubiera traído a una cárcel. Sonríe siquiera una vez, aunque no sea más que para alegrar estas cuatro paredes, entristecidas por tu ausencia. *Pipiola sonríe.* Quítate el sombrero; descubre esa linda frente abatida... Dios sabe por qué.

PIPIOLA. *Obedeciéndolo.* Sí; voy a dejarlo.

DON FÉLIX. ¡Ajajá! Ahora vendrá Pepita. Y ya has oído también a la condesa. Pues así piensa todo el mundo que bien te quiere. La sombra de esta casa es sol para ti. ¿No lo crees?

PIPIOLA. No puedo dudarlo.

DON FÉLIX. ¡Entonces!... Yo, por mi corazón juzgo de lo que pasará en el de la marquesa María. Viniste aquí, y me enamoré de ti, como todos. Pero el hombre de los galantes devaneos de antaño, y de los madrigales a flor de piel, se ha visto sorprendido de pronto con que es una ternura nueva, desconocida, la que por tu amor le nace en el pecho... Sí, Pipiola, sí; yo no sé si te quiero como un abuelo o como un padre, pero te quiero de modo muy distinto que quise nunca a las demás. He aquí una transformación real de mis madrigales, con que yo no contaba.

PIPIOLA. *Estrechándole conmovida la mano.* ¡Don Félix!

DON FÉLIX. Te deseo, y creo que tendrás, todo el bien con que sueñas. *Maquinalmente levanta una de las cortinas de la biblioteca y mira hacia dentro. Al ver algo que ve, hace un gesto significativo.* En fin, niña, voy a advertir a la marquesa de tu llegada. *Éntrase por la puerta del foro.*

Un instante después sale Alejandro de la biblioteca,

inquieto y curioso. Tan abstraída está Pipiola, que no nota que se le acerca.

ALEJANDRO. *Tratando de velar su emoción en la apariencia de una broma.* ¡Pipiola! ¿eres tú?

PIPIOLA. *Sacudiéndose como quien de improviso despierta.* ¿Eh? ¡Alejandro!... *Mira a un lado y a otro.* ¿Adónde me ha traído don Félix?

ALEJANDRO. ¿Por qué lo dices?

PIPIOLA. Primero, Nina Valdelara... en seguida, tú... A ninguno de los dos pensaba encontrarme.

ALEJANDRO. A mí me ha llamado mi madrina.

PIPIOLA. ¿Y la has visto?

ALEJANDRO. Aun no. Pero sospecho lo que quiere: preguntarme por ti.

PIPIOLA. ¿A ti?

ALEJANDRO. ¿A quién mejor?

PIPIOLA. Sí... creerá que tú sabes por qué me marché de su casa.

ALEJANDRO. No, no...

PIPIOLA. ¿No?

ALEJANDRO. Digo que me figuro que ahora se trata de otra cosa.

PIPIOLA. ¿Reservada?

ALEJANDRO. Para ti, nunca. Seguramente me va a pedir referencias de cierto jovenzuelo, que parece ser que la otra noche, en el baile de casa, perdió la cabeza...

PIPIOLA. ¿Perdió la cabeza? ¿Y tu madrina te va a preguntar tal vez si te la has encontrado tú?

ALEJANDRO. *Sonriéndose.* No creo. Entre otras razones, porque todo Marianito, en una pieza, ha estado aquí hace media hora.

PIPIOLA. *Con alegría que turba a Alejandro.* ¿Ha estado aquí?

ALEJANDRO. Sí... hablando con ella... Yo lo topé al llegar... Por las trazas, iba muy contento.

PIPIOLA. ¡Pobre Marianito!

ALEJANDRO. ¿Lo compadeces?

PIPIOLA. Muy de veras. ¡Es tan simpático, tan bueno, tan sincero!... Y dice que no puede vivir sin mí... ¡y va a vivir sin mí! ¿No merece mi compasión, Alejandro?

ALEJANDRO. Sin duda. ¡Vivir... sin lo que no se puede vivir!...

Pausa.

PIPIOLA. Pero no creo que tu madrina te llame para eso. Y aun no estoy segura de que te haya llamado.

ALEJANDRO. ¡Pipiola!

PIPIOLA. Como he visto aquí a la condesa...

ALEJANDRO. ¡Bah! ¡Infeliz mujer! Esa sí que es digna de lástima!

PIPIOLA. ¡Qué pronto arregláis las cosas con la compasión!

ALEJANDRO. Cuando no queda otro remedio...

PIPIOLA. Se pone antes del daño. Alejandro, es lo que suele decir don Félix: ¡qué mal arreglo tienen algunos desarreglos! ¿Verdad?

Sonríe de nuevo Alejandro. Ella ríe después.

ALEJANDRO. ¿Estás contenta?

PIPIOLA. Ahora; de repente.

ALEJANDRO. ¿Y cómo remediarás tú el daño que vas a causarle a Marianito?

PIPIOLA. Como no ha sido por mi voluntad...

ALEJANDRO. ¡Ah, la voluntad!

PIPIOLA. Hoy por hoy es mi musa.

ALEJANDRO. Yo quisiera que fuese también la mía; pero la llamo y huye.

PIPIOLA. Como les pasa a los malos poetas. Llaman a las musas para engañarlas, y ellas lo conocen... y no les hacen caso. Sé tú noble cuando la llames, y acudirá a tu voz. *Se miran.* ¡Qué raro es que la marquesa tarde!...

ALEJANDRO. Ya vendrá, mujer. ¿Te aburres en mi compañía?

PIPIOLA. De toda la vida; ya lo sabes.

ALEJANDRO. Cuando venga, ¿vas a consentir que esté yo presente?

PIPIOLA. No.

ALEJANDRO. ¿Tan seco?

PIPIOLA. O más, como insistas. Lo que yo le he de decir a la marquesa será una confesión muy íntima, muy entre las dos... No puede haber testigos en ella. La marquesa conocerá hoy la razón de mi salida de esta casa, para mí bendita; de mi voluntario alejamiento; de lo que ella califica de mi rebeldía, de mi obcecación y, lo que más me duele de todo, de mi ingratitud. Porque se encastilla en llamarme ingrata, voy a confesarle... lo que yo sola puedo entender.

ALEJANDRO. ¿Y si yo también lo entendiera?

PIPIOLA. ¿Tú?

ALEJANDRO. ¿Y si lo hubiera adivinado?

PIPIOLA. Hablaríamos ahora de modo muy distinto.

ALEJANDRO. Pues de ese modo hemos de hablar.

PIPIOLA. ¿Qué dices?

ALEJANDRO. Oye. A ver si me equivoco. Tú eras dichosa en esta casa. Tú, después de aquella despedida en que nos ofrecimos una amistad única, nueva y generosa, saturada de un singular perfume, ahogaste con dolorosa resignación aquellos sueños locos de que te hice yo despertar. Paladeaste la alegría de un deber cumplido. Se serenó tu alma: volviste a reír como antes.

PIPIOLA. Es cierto.

ALEJANDRO. Pero la vida siempre nos guarda sorpresas para poner a prueba aun las que juzgamos como nuestras más firmes conquistas. La otra noche,

en el palacio de mis padres, donde tan nuevas emociones te embargaron, se vino a tierra, de improviso, toda la obra de tu resignación.

PIPIOLA. Es cierto.

ALEJANDRO. ¿Qué fué lo que así removió tu ser, hasta el punto de que acaso alentaron en él con nuevos latidos sentimientos vencidos ya? ¿Un hecho, una persona, una frase? *Pipiola calla y lo mira luego.* Una persona fué. Te hirió su presencia, te helaron sus palabras, instintivamente comparaste... y la injusticia te rebeló contra aquello. «¿Por qué ha de ser así?»—casi lo llevabas escrito en la frente... o leí yo el reflejo de lo que llevaba en la mía.—«Junto a ella va a ser desgraciado, y todos están conformes en que lo sea; junto a mí sería venturoso... y nadie quiere verlo.»

PIPIOLA. *Con anhelo, con ímpetu, con elocuente brío.* ¡Ésa, ésa es la verdad; eso es lo que me sublevó de un golpe: verte al lado de aquella mujer tan distinta de ti, que podía hacerte suyo y anularte ya de por vida! Entonces fué mi voluntad, mi voluntad, ¿lo oyes? mi musa de ahora, la que se irguió en mí como soberana con este grito: «¡Nada hiciste con salvar su cuerpo de la muerte, si no salvas también su espíritu, que vale más! ¡No eres quien eres si los dejas unirse!»

ALEJANDRO. ¡Pipiola!

PIPIOLA. Yo podía y puedo renunciar a una dicha que quizás no me corresponde; pero mientras aliente y crea que está en mi mano el ahuyentar de ti la desgracia, ¿cómo es posible que no dé hasta mi vida en el empeño? Yo siempre te he mirado como criatura de mi predilección, de un mundo sólo mío, a quien nunca debía herir la infelicidad... Capricho, ensueño, quimera, disparate—ponle tú el nombre que te guste,— eso eres y serás para mí... ¿Comprendes

ahora por qué me marché de esta casa? ¡Porque aquí mi protesta ofendía! Yo necesitaba revolverme y gritar, y aquí se me imponían la pasividad y el silencio.

ALEJANDRO. ¿Revolverte y gritar?

PIPIOLA. ¡Sí, hombre! Yo estaba dispuesta a separarte de quien no te merece, fuera como fuera; yo iba a abrir con violencia tus ojos, aunque te ofendiese la verdad; yo pensaba acudir a tus padres; yo habría sido capaz, por arrancarte de aquella enemiga, de emplear cuantas armas tiene una mujer en sus manos, en sus ojos, en su boca, en su corazón... Este infierno de planes que ardía en mí como una calentura, ¿podía ser dentro de esta casa? Ni podía ser, ni debía ser, ni aquí hubiera habido para ellos perdón, ni disculpa, ni comprensión siquiera... Y, sobre todo, traerían irremisiblemente consigo sinsabores y lágrimas a quien me amparó noblemente y me dió calor de madre entre sus brazos... Por esto me marché... no; por esto huí... Más que marcha, fué fuga... ¿Adónde? Donde pude. ¿Qué había de acometer primero? ¡Yo qué sabía aún! Pero mi marcha ya era un grito extraño, que no había de perderse en el aire; que alguien tenía que oír.

ALEJANDRO. Yo: solamente yo.

PIPIOLA. En rigor sólo tú me importabas. Por eso, al ver que me adivinas, me he estremecido victoriosa. Y es, Alejandro, que aunque yo te quiera como me pidas tú, como quiera la suerte, una vida va a compás de la otra; y aunque distantes, marchan juntas, juntas... en perpetua comunicación misteriosa; y cuando en tu corazón sea de noche, noche será en el mío.

ALEJANDRO. En mi corazón amanece ahora, gracias a ti. Sería yo el hombre más necio de la tierra, si en este instante no me dejase llevar de la voz ínti-

ma, imperiosa, perenne, que hace tiempo suena en mi alma. ¡Basta ya de habilidades de la conciencia! ¡Basta ya de prejuicios insoportables! Nada me importa nada, ni nadie tampoco; y te hablo por primera vez dejando triunfar el egoísmo de un amor al que no renuncio.

PIPIOLA. ¡Alejandro!

ALEJANDRO. Cada día, antes de ahora, he sufrido una sacudida de la realidad: hoy ha sido la de los celos.

PIPIOLA. ¿La de los celos?

ALEJANDRO. ¡Sí: los he sentido; los he disimulado, he querido no reconocerlos, pero los he sentido! ¡Y qué luz traían! ¡Cómo he visto la verdad a su llama! ¡Y cómo me han gritado en el corazón: «¡Ciego! ¡ciego! ¡vas a perderla! ¡Si no te la roba ese hombre, será otro!»

PIPIOLA. ¡Benditos celos, que así te hacen hablar!

ALEJANDRO. ¡Ven a mí, Pipiola, compañera desde la cuna; ven a mí: te quiero! ¿Qué importa que la tuya fuese tosca y la mía dorada, si a los dos nos durmieron con el mismo cuento de dormir, que nació del pueblo y se lo enseñó tu madre a la mía? ¡Te quiero!

PIPIOLA. Quizás desde entonces. ¡Y qué recóndita esperanza tenía yo en esta hora! Aun en los instantes en que con mayor convencimiento renunciaba a ti, la sentía alentar... no sé dónde...

ALEJANDRO. Pues ya ves que no alentaba en balde... ¡Ven a mí; ven a mí! No escondas la frente con modestia. Tu heroica voluntad me salva. Soy yo el que de ti necesita: yo, el enfermo, el de los pasos vacilantes, el hombre sin rumbo, soy quien se acoge a ti, a tus brazos seguros y ágiles... alas de paloma que se orienta en la altura. *La abraza enamorado. Pipiola*

lo rechaza con rubor e inquietud. Y ahora, aguarda aquí. Ya que ella no viene—sin duda ese zorro viejo de Pimentel la ha entretenido—voy yo en busca de mi madrina. Vendré con ella, y entre tú y yo venceremos todos sus escrúpulos. *Contempla un punto con embeleso a Pipiola y se va por la puerta del foro.*

No ha hecho más que trasponer el umbral, cuando se abren las cortinas de la biblioteca, y sale la marquesa María seguida de don Félix. Como lo han oído todo, fácil es suponer la expresión de cada semblante. En el caduco espíritu de la señora reina una verdadera tempestad de ideas y de afectos contrarios.

MARQUESA. ¡A mí que no me busque para nada ese loco! ¡ese pillo! ¡ese descastado!

PIPIOLA. ¡Ah!

MARQUESA. ¡Ah! ¡ah! ¿Te espantas, eh? ¿De esto te espantas? ¿No creías que me estaba enterando, verdad? ¡Malo será escuchar detrás de las cortinas—¡ah! ¡ah!—pero es peor mil veces besuquearse en una casa como esta! ¡Baja, baja los ojos, hipocritona! ¡Y no aguantes la risa; si te estoy viendo el disimulo! ¡si te baila la alegría en el cuerpo!... ¡Ni me hables, porque no he de oírte! ¡Bastante he oído ya! ¡Ánimas benditas! ¡qué escándalo! ¡Esos padres!... ¿Qué dirán esos padres?... ¡Todo será poco! ¡Y me achacarán a mí culpas que no tengo! ¡Jesús! ¡Jesús! Necesito rezar, confesarme... Llévame al oratorio, Pimentel; dame el brazo, no tropiece y me caiga, y lo pierda todo de un golpe... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué revolución!...

PIPIOLA. Perdóneme usted...

MARQUESA. ¡Perdóneme usted! ¡No, no te perdono, rata sabia; no te perdono! Te daré un beso, pero no te perdono...

PIPIOLA. ¡Sí!

MARQUESA. ¡No, no; tampoco quiero darte el beso!...

DON FÉLIX. *Solemnemente.* ¡Se lo daré yo!

MARQUESA. ¿Tú?

DON FÉLIX. ¡Por mi fe de caballero, que será paternal!

MARQUESA. Ven acá, ven acá, ingratona... Miren qué cara: pareçe que nunca ha roto un plato. Ven acá... ¡Te debía dar de azotes!... *La besa.* ¡No, no es que esté conforme con esto, no; no es que transija!... ¡Dios me libre!... Es que al fin y a la postre... *Enterneciéndose.* Mira, Pimentel, llévame con mis santos, que no quiero llorar por remate.

DON FÉLIX. Vamos con los santos.

Encamínase la marquesa a la puerta del foro, del brazo de don Félix, mirando siempre a la muchacha.

MARQUESA. ¡Nada, que se le puso en lo alto de la veleta, y no sopló más viento que el que ella quiso! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué trastorno! ¡qué desbarajuste!... ¡Jesús! *Se marcha con don Félix.*

Pipiola sola sonríe y resplandece. Sus ojos, embellecidos por las lágrimas, que en ellos tiemblan y de ellos no se quieren ir, tropiezan con el retratillo que su madre le regaló a la marquesa. Lo toma en la mano, lo mira, y evocando la frase del noble abuelo de Alejandro, exclama con inefable orgullo y alegría:

PIPIOLA. ¡Pipiola! ¿eres tú?

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, setiembre, 1916.

Madrid, diciembre, 1917.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto. Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fé, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *novela corta.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania. Madrid.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol. *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*).—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze (*La Zagala*), por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra (*El genio alegre*), por JUAN FABRÉ Y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole (*Las de Cain*), por JUAN FABRÉ Y OLIVER.

I fastidi della celebrità (*La vida intima*), por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscuras*), por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por ENRICO TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Iettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Chi mi ricorda lei? (*¿A quién me recuerda usted?*), por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY V. HAKEN.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. BORZIA.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por GEORGES LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. SMIDT-REIEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*), por JOAO SOLER.
Marianela, por ALICE PESTANA.

AL INGLÉS:

A morning oi sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LUCRETIA XAVIER FLOYD.

Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por JOHN GARRETT UNDERHILL.

153123
A4738pip
LS.
Joaquin
Author Alvarez Quintero, Serafin and Alvarez Quintero,
Title Pipiola, comedia en tres actes.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU